

Josep Lluís Seguí

La amante fea



La sonrisa vertical



Josep Lluís Seguí nos acerca a la experiencia de un hombre cualquiera, cuya existencia —y especialmente la sexual— se encuentra ya en cierto modo más allá de la vida, en algún punto limítrofe con la muerte. Sus días transcurren en la terrible cotidianidad de la nada, en la que tan sólo el sexo, ya sea en el esporádico cumplimiento de su deber de esposo con Isabel, en el añorante y sublimado recuerdo de Teresa, la amante muerta, en los sórdidos y tal vez suicidas encuentros con Nelia, la amante fea, en la soledad de su propio placer ya inapetente, o aun e la ausente presencia fortuita de alguna mujer de paso, tan sólo el sexo, consigue todavía mantenerlo colgado de la vida.



Josep Lluís Seguí

La amante fea

La sonrisa vertical 85

ePub r1.0

ugesan64 25.04.14

Título original: *La amante fea*

Josep Lluís Seguí, 1993

Edición conmemorativa 1.º aniversario ePubLibre

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.1



ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



se

ePubLibre.org

Acabarían por parecerse. Todos los amantes llegaban a tener cierto parecido físico entre sí.

¿Tomaría ella algo de su mirada, la tristeza de sus ojos, el aspecto cansado que siempre mostraba en su rostro?

¿Y él?, se preguntó, ¿qué rasgos de ella, de su amante, irían marcándole?

—¿Qué miras? —le preguntó ella. Y él temió que fuera a preguntarle en qué estaba pensando.

«En ti», le respondería, si le hacía esa pregunta. «Te recordaba hace un momento, cuando tenías mi pene en tu boca...».

Ella cerró los ojos, no insistió en la pregunta ni le hizo otras. Le temblaba levemente la boca, con un movimiento nervioso de los labios. La besaría. Acercaría sus labios a los de ella, los rozaría y entonces sentiría el fuerte sabor a tabaco de su aliento; un extraño sabor a nicotina y a algo amargo que le era irreconocible, que sólo había encontrado en ella, en la boca de esa mujer, en sus labios, en su lengua, en su saliva, en sus besos.

Le gustaban aquellos besos, aunque no siempre podía soportarlos durante mucho tiempo ni con la intensidad que a ella le gustaba besar. Con la boca muy abierta, buscándole la lengua, rozándole los dientes. Fuertemente. Hasta perder el aliento. De una manera dolorosa incluso.

Ella también llamaba «besar» a meterse el pene en la boca. «Quiero besarte», le pedía, y él sabía a

qué se estaba refiriendo.

Y él tenía que decirle: «Me gusta mirarte mientras lo haces».

Porque ella quería oír esas palabras, que le dijera que la miraba mientras ella «le besaba».

Él la miraba. Contemplaba su rostro, apenas a unos centímetros de su bajo vientre, con el pene entre sus labios, los ojos entrecerrados. Era entonces cuando más fea la encontraba. «Me gusta... verte... así... Me gustas, sí». Y le tomaba el rostro en la mano. La miraba.

La miraba hacer; ella permanecía con los ojos cerrados, los músculos del rostro en tensión, la mano aferrada al pene con algo de dramatismo. Le gustaba contemplar su manera apasionada de amarle, de mostrarle su amor. Su rostro, su feo rostro, marcado por esa pasión.

La mirada fija en el rostro de su amante.

—Me hago mayor, ¿verdad?

—Te haces fea.

—¿Por qué me dices eso? Sé que no soy guapa, pero...

Empezó a vestirse. Se impacientaba. Quería marcharse ya, salir de aquella casa; una casa que detestaba, decorada con pésimo gusto, no demasiado aseada, asfixiante. Un piso pequeño, viejo, que le agobiaba. La casa de aquella mujer tan fea, su amante.

Ella salió de la habitación, desnuda. ¿Por qué se desnudaban con tanta facilidad las mujeres? ¿Por qué, después de la primera o segunda vez que hacían el amor con un hombre, con él, se movían con el cuerpo desnudo por toda la casa sin darle mayor importancia?

Él hubiera preferido que se pusiera una bata, o

las bragas. Pero hizo lo mismo el primer día, aquella absurda tarde en que se conocieron en un bar, ni recordaba en cuál. Una cafetería, sí, donde entró refugiándose de la lluvia y porque se orinaba encima.

Ella estaba sentada en un taburete, junto a la barra. Él le pidió algo al camarero, un café, o un *bourbon*, y le preguntó por los servicios. La mujer que estaba junto a la barra, y que después se convertiría en su amante, le indicó una pequeña escalera por la que se accedía a los servicios. Cuando él volvió del lavabo, tenía la bebida que había pedido encima de la barra y un taburete muy cerca del que ocupaba la mujer. Como si ella se lo estuviera guardando, como si le esperara, como si confiara en que iría a su encuentro.

Al cabo de una hora ya estaban en la cama.

Fue después del acto sexual cuando vio que era una mujer fea, mucho más de lo que le pareció en la cafetería, donde apenas se había fijado en ella. Le sirvió un café en la cocina; él, vestido, a punto de marcharse, ella aún desnuda. Fue ella quien le preguntó si se volverían a ver.

«Sí. Me gustas», fue su respuesta.

Y no mentía. Porque aquella mujer le gustaba, aunque ella, después, cuando él se lo decía, le dijera que no podía entenderlo; que no entendía cómo era posible que se hubiera enamorado de ella.

«Sólo te he dicho que me gustas».

Ella insistía: «Sé que me quieres».

Y él tragaba saliva; sentía esa especie de angustia que le remitía a la imagen de su esposa Isabel; su belleza serena, algo dulzona, casi insultante. La angustia que le producía en algunos

momentos tenerla a su lado en la cama; sentada cerca de él en el diván; o sabiendo que estaba por la casa, cuando oía el rumor de sus pasos, la presencia de su cuerpo. La imagen de Isabel, tan deseada en otros momentos, insoportable en su belleza, su delicadeza, su fragilidad.

La dulce, frágil y elegante Isabel, a la que de alguna manera odiaba. Como había odiado, quizás, a todas las mujeres que había amado. El odio que había sentido por Teresa. El odio, el deseo de muerte, que alguna vez podría llegar a sentir por su nueva amante. Nelia.

—¿Sabes que una vez maté a una mujer?

—¿Qué dices?

—Era mi amante, y la odiaba. Una noche tuvo un accidente. De circulación. Se mató con la moto que ella misma conducía. Era un día de lluvia y derrapó. Un coche le pasó por encima... Fue mortal.

—¿Y qué tienes tú que ver con eso? ¿Qué relación tienes con ese accidente, con esa muerte? ¿Por qué dices que la mataste? —preguntó Nelia, sin respirar, sin pausa entre cada pregunta, desconcertada y temerosa.

—Te he dicho que era mi amante. —Atenuó la contundencia del tono de voz—: Bien, por entonces ya había dejado de serlo. Y yo le deseaba la muerte. A veces imaginaba que ella tenía un accidente con la moto y se mataba. Era un pensamiento obsesivo, recurrente. Lo imaginaba una y mil veces. Lo representaba en mi mente como si sucediera de verdad. —Desvió la mirada de los ojos de la mujer hacia un punto inconcreto de la habitación. Continuó hablando de manera evocadora, como si recordara en voz alta—: Una noche... yo iba con mi coche. Llovía, o había llovido, y las calles..., algunas calles estaban llenas de charcos. Entré con el coche en una calle bastante estrecha, de una sola dirección. Una chica caminaba de espaldas a mí por la acera; una acera muy estrecha también. Parecía una chica joven; iba vestida de negro, con una falda corta y amplia. Cuando llegué con el coche a su altura ella pasaba

junto a un charco. Hice pasar adrede la rueda por encima del charco y salpiqué a la chica; creo que la bañé por completo, al menos las piernas y la falda. Ella gritó, como si la hubiese atropellado, como si le hubiera hecho daño físico. Yo aceleré el coche cuanto pude y la perdí de vista.

—¿Y eso es un crimen?

—Al cabo de dos días me enteré de que Teresa había muerto esa misma noche, de madrugada.

—¿Teresa?

—Mi amante, la de la moto.

—A veces... a veces me parece que estás loco, o que mientes. No sé. No lo entiendo.

—Lo que digo es... es cierto. Aunque haya algo de locura en ello.

—No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. ¿Cómo se puede desear la muerte...?

—¿La muerte de otro?, ¿la muerte de una mujer...? —No le preguntaba a ella, hablaba para sí mismo. Dejó sus interrogantes en suspenso.

—¿Cómo puede ser que sólo con desearlo alguien pueda morir?

—Alguna vez hay que morir... —Volvió la mirada hacia su amante—. Y no es difícil tener un accidente de moto..., morir en un accidente de circulación.

—A veces me das miedo. Me da miedo lo que dices. Me da miedo que estés conmigo.

—Si no quieres no nos volvemos a ver.

—Yo no he dicho eso.

Quizás era eso mismo lo que él hubiese deseado que dijera ella, su amante, Nelia. Que dijese que no quería que se volvieran a ver.

No volver a verse. Perderla de vista para siempre. No hacerle más el amor; no ir más a

aquella casa, no volver a tomar aquel espantoso café que le preparaba; no tener que buscar nunca más una excusa ante su mujer para poder acudir a casa de su amante dos veces por semana. Que desapareciera de su vida de una vez por todas. Que dejara de ser su amante para siempre.

Que muriera... de alguna forma.

Nelia encendió un cigarrillo. Mostraba preocupación en su rostro. Tragó humo, quizá también saliva. Su cuerpo temblaba levemente. Le preguntó:

—¿Tu mujer no sospecha nada?

—Mi mujer y yo no hacemos ya el amor juntos. Casi nunca. Desde hace algún tiempo.

Nelia volvió a aspirar humo del cigarrillo.

—¿Le has dicho algo?

—La cena de los miércoles se supone que es... una cena de trabajo. Los sábados por la tarde le digo que me voy a jugar al tenis. Algunas veces ni siquiera le doy ninguna explicación. Eso es todo.

—No quiero saber más. No quiero saber nada. Sólo me preocupaba por ti. Sólo pienso en ti. Es todo lo que me importa. Sólo tú. Lo hago por ti, ya lo sabes. Todo lo hago por ti. —Se acercó a él y le puso las manos en la cintura; le cogió por el cinturón, como si fuera a despasárselo. Le miró a los ojos y le preguntó, con los labios temblorosos —: ¿Quieres que hagamos el amor?

—¿Ahora? No, estoy cansado. Me gustaría tomar una copa, otro café, y marcharme luego — dijo, aunque estaba deseando marcharse inmediatamente.

—¿Quieres que te bese?

—¿Qué?

Empezó a desabrocharle la bragueta. Tenía el pene flácido, pero ella, con su nerviosa boca, se encargaría de volver a endurecérselo. Vio cómo

lentamente le acercaba el rostro a la entrepierna.

«Me deseas», se dijo él mentalmente, «y me gusta..., me gusta verte así».

No llegó a eyacular. No hubiera podido, ni aunque se esforzara; tampoco lo deseaba. Estuvo dejándose hacer por la mujer, por su boca y sus manos, durante unos minutos y después le pidió que lo dejaran.

—Te volveré a ver otro día, ¿verdad? — preguntó la amante, Nelia.

Era una pregunta que le hacía casi cada vez que se encontraban, que le seguiría haciendo muchas otras veces. Era su manera de despedirse de él, de buscar el siguiente encuentro, de no hacer definitiva la separación.

Él sonrió débilmente. Asintió con un gesto de la cabeza. Seguro que seguirían viéndose. Otro día y otro más. Era su amante.

Pasó el resto de la tarde de aquel sábado encerrado en el despacho de su casa. Le llegaba el leve rumor de la música que Isabel escuchaba en la sala. Música clásica, Haydn posiblemente. Isabel debía de estar tendida en el diván escuchando aquella música mientras él fingía estar ocupado en el despacho.

«No quieres que te molesten, ¿verdad?», le había preguntado cuando, después de tomar unos montados y una copa de vino, él había dicho que trabajaría un rato. No quería hacer el amor con ella esa tarde, si ella lo pedía o se lo insinuaba. Eso era todo. La dulce y frágil Isabel, que se dejaba amar, que abría las piernas, cerraba los ojos, fingía algunos suspiros, o eso creía él. Y luego le preguntaba a él si le había hecho feliz. Quizá debería decirle que no, que nunca había sido feliz con ella, ni en la cama ni en ningún otro momento de su vida conyugal. Pero tampoco eso debía de ser cierto. Ahora le gustaba verla dormir; se abrazaba a ella, a su cuerpo dormido, y le hubiese gustado llorar en esos momentos, o decirle que la amaba. Ya no le decía nada parecido. Desde que se casaron, o poco tiempo después, que ya no le había dicho que la amaba, que la quería; mucho menos le decía que la deseaba.

Oyó sus pasos acercándose suavemente a la habitación, a aquel despacho donde él hacía como si se encerrase a trabajar y en realidad hacía poco más que pensar en Isabel y en otras mujeres. En su mujer, en Nelia, en Teresa, en las otras que habían

sido sus amantes y en las mujeres que deseaba, que quisiera hacer amantes suyas, con las que probablemente nunca se acostaría.

Prestó atención y entonces la música le llegó más definida. Haydn, sí.

Y los pasos de Isbel acercándose. Se detienen ante la puerta. Pero Isbel no entra, no le molesta para nada. Quizá sólo se detiene un momento a escuchar, para tener la certeza de que él está dentro y que todo va bien.

¿Por qué dice «no quieres que te molesten», si están ella y él solos en la casa? Suele hablar de esa manera impersonal, inconcreta, distante.

Isbel, con su cuerpo delicado, algo enfermizo, que quizá nunca haya tenido un orgasmo. «Nunca supe lo que era eso antes de conocerte», le decía cuando hacían el amor.

¿Y ahora, lo sabe? Sus gemidos, las ligeras convulsiones de su bajo vientre, las raras veces que hacían el amor, ¿provenían de su orgasmo?

Le vino al pensamiento Teresa. Su sexo segregaba flujo en abundancia cuando orgasmaba. Era una mujer de orgasmo fácil. La misma facilidad con que se quitaba la ropa, los pantalones vaqueros, el suéter, las bragas; la misma facilidad con la que se echaba desnuda en la cama; se abría de piernas, cerraba los ojos y se excitaba de inmediato. Tan fácil como resultó, también, hacerla su amante.

Puede que Teresa tuviera un orgasmo cuando el accidente, ¿por qué no? Dicen que los ejecutados en la horca tienen un orgasmo en el momento de la estrangulación.

Sintió que el pene se le endurecía. Le sucedía siempre que pensaba en Teresa. Cuando se enteró

de su muerte se sintió excitado y se masturbó...

No, eso no era del todo cierto. Pero sí que se había masturbado pensando en ella después de que hubiera muerto; varias veces, aun mucho tiempo después del accidente. El deseo por aquella mujer que ya era un cadáver continuaba en él. Su deseo por Teresa, por su cuerpo, no había cesado nunca, no llegó a morir con ella.

Qué extraño cadáver era Teresa. La única mujer que había amado y estaba muerta, muerta de verdad. Isbel parecía una muerta cuando dormía, y Nelia le había dicho en alguna ocasión que creía morir cuando le hacía el amor.

¿Por qué se miente de esa manera cuando se ama? Nadie se muere haciendo el amor, o no se muere de amor; quizá de un infarto o algo parecido. Se podía contraer el sida, por hacer el amor. Pero ¿morir de amor?; ¿la pequeña muerte? Claro que estaba también el suicidio. No había conocido nunca ninguna mujer que se suicidara por amor, que se matara por un hombre; no por él.

Isbel también decía que no se imaginaba viva sin él, si él moría. Que no podría seguir viviendo tras su muerte. «Toda una vida juntos...», decía, suspiraba.

Era muy posible que su mujer fuera una suicida. Era posible que algún día él llegara a casa y se la encontrara muerta, tendida en el diván, un disco de música clásica sonando en la cadena musical, una caja de somníferos vacía junto al cadáver.

El rumor de pasos volvió a sonar en la sala. La pieza musical de Haydn había terminado. Isbel iría a cambiar el disco. Una mujer, aquella mujer, Isbel, estaba en la habitación de al lado. Su

delgado cuerpo cubierto nada más que por una bata de seda, el sexo protegido apenas por unas finas bragas.

Sintió deseos de amar a una mujer. Abrazarla. Estar con ella en la cama. Gozar de su cuerpo. Follársela.

El lunes, en contra de lo habitual, iría a ver a su amante.

Se detuvo ante el portal donde vivía Nelia. Ella no le esperaba ese día, menos aún a esas horas. O tal vez siempre estaba esperándole. Siempre en aquella actitud de permanente espera, de disponibilidad total, absoluta. En cualquier momento. Cualquier día. Disponible para él.

Cuando iba a verla, le abría la puerta del piso y lo conducía directamente a la habitación, a la cama. Se suponía que iban a hacer el amor, se suponía que él iba allí para eso y ella estaba dispuesta a ello. Eran amantes y se encontraban para hacer el amor.

«Hacer el amor es algo... No sé, más suave, más tranquilo, más tierno. Tú a mí... Tú y yo, ¿qué es lo que hacemos? ¿Follamos? Es lo que tú dices, ¿no?».

Él no decía nada; ya no decía nada parecido. Ni siquiera con su amante hablaba de esa manera. Podía habérselo dicho a su mujer el primer día.

«Hoy he follado con una mujer, con otra mujer... y tú no lo sabes», pensó aquella noche, mientras cenaba con Isabel y ella le explicaba algo que le había sucedido a su madre, a la madre de Isabel.

Ahora estaba ante el portal donde vivía esa mujer. La vio llegar en ese momento. Vestida con una falda más larga de lo habitual en ella, una

bolsa de plástico de una tienda de ropa colgando de la mano, el paso ligero.

Cuando llegó a la altura del portal, bajó del coche y fue tras ella, tras Nelia, su amante.

—Me has asustado. No te esperaba. Aunque esta mañana he pensado que quizá te vería, que podrías venir...

—No pensaba hacerlo. Pasaba casualmente por esta calle, he parado el coche y...

Estaban junto a la puerta del ascensor. Ella vivía en el primer piso y casi nunca utilizaba aquel ascensor; solía subir por las escaleras.

«Me gusta andar. Es el único deporte que hago. Eso... y hacer el amor», decía ella. Y reía.

Ahora él la tenía ante el ascensor; abrió la puerta y la empujó dentro de la cabina.

—¿Qué haces? ¿Qué es lo que quieres que hagamos?

Él se bajó la cremallera de los pantalones.

—Bésame.

—¿Quieres que lo haga?

No tuvo que responderle. Ella estaba ya agachándose. Él apretó un botón del mando del ascensor. No era el último. Se encendió una luz. El ascensor tenía memoria. Subiría hasta casi el final y después habría que hacerlo bajar de nuevo. Si mientras tanto se volvía a encender la luz de algún otro botón significaría que algún vecino lo reclamaba.

Nelia había empezado a «besarle» el pene. Tendría que acabar antes de que pudieran descubrirles.

Cerró los ojos. No quería ver aquella mujer en ese momento; no quería verla arrodillada a sus pies, con su pene entre las manos y en la boca. Rechazó la imagen. Tuvo un sentimiento fugaz de repugnancia, de odio también. Una imagen de

extrañeza. Como si no fuera él quien estuviera viviendo esa escena.

Deseó una vez más no volver a ver más a esa mujer. Quisiera no volver a verla nunca más, olvidar que la había conocido, borrar su imagen de su vida; quizá le deseaba la muerte. Una amante muerta. Como todas sus amantes, muertas u olvidadas. Igual que todas las mujeres que alguna vez eran amadas por él.

El ascensor se detuvo de nuevo en la planta baja. Nelia hizo un último esfuerzo con su boca. Él comenzó a eyacular con movimientos convulsivos de su bajo vientre dentro de la boca de la mujer.

—Nelia... —murmuró, con un tono de dolor en su voz y a punto de estallar en una carcajada.

—¿Quieres que entremos en casa... en mi casa? —Ella se había sacado el miembro del hombre de la boca y le hablaba aún desde la posición agachada en que se lo había succionado, sujetándolo en la mano.

—No, no es posible.

Tenía el coche mal aparcado y aún no había pasado por la oficina esa mañana. Se metió el pene, que ya recuperaba la flaccidez, en los calzoncillos y se volvió a subir la cremallera de la bragueta.

—No sé si podré volver a verte esta semana. Te llamaré desde la oficina.

Durante varios días dejó de ver a su amante. Ella no podía localizarlo. No sabía donde trabajaba y no se atrevería a llamarle a su casa, si es que sabía su teléfono. La recordaba sin deseo alguno. Sentía placer cuando hacían el amor, o cuando ella «le besaba» el pene; pero no se sentía excitado pensando en ella. A veces imaginaba alguna escena erótica con ella, y siempre acababa por representársele en la mente la imagen de otra mujer, alguna con la que nunca se había acostado. O se le imponía el recuerdo de Teresa.

«Si no fuera tan fea...», pensaba, aunque sabía que no era por eso por lo que no la deseaba en su imaginación, o por lo que no quería volver a verla tan a menudo. «Es una amante circunstancial, pasajera, a la que no puedo acostumbrarme», se decía.

Se veían los miércoles y los sábados, habitualmente; tenían unas horas de encuentro y de despedida, y él sabía que llegarían a parecerse incluso físicamente. Eran amantes. Los días que no acudía a la supuesta cita tenía el sentimiento de haber cometido una falta, y de haber perdido también la ocasión de hacer el amor con una mujer, de encontrarse con una amante, con su amante.

Se arriesgaba, asimismo, a perderla. Una mujer encontrada casualmente en un bar, a la que podía no haber conocido nunca; una mujer que se dejaba amar por él, quien hasta hacía poco era un desconocido para ella. Una mujer con el cuerpo

disponible para ser gozado.

Nelia, a la que sabía que continuaría viendo, amando, mientras él quisiera. Ella así se lo había dicho: «Siempre que tú quieras...». ¿Cuántas veces había oído esas palabras, o semejantes, en boca de una mujer? «Siempre que tú quieras, mientras me desees, cuando deje de gustarte, hasta que te canses de mí...».

Si no iba a verla un día de los habituales, si no la llamaba, incluso si se veían y él no quería hacer el amor, ella tampoco se lo reprochaba. «Sólo quiero verte cuando tú lo desees, sólo si tú quieres», le repetía Nelia.

Si no la volviese a ver nunca más, si nunca más la amase, ella no sabría cuál era su deseo.

Sólo si miraba el cuentakilómetros podía tener conciencia de la velocidad a la que conducía. Apenas circulaban coches en ese momento por la autopista; ninguno le había adelantado desde hacía varios kilómetros. Tenía su pie derecho, sobre el acelerador, como muerto. Las manos aferradas al volante y el cuerpo tenso en el asiento. La mirada fija, clavada, en el asfalto, en las líneas que dividían los carriles de la autopista. Circulaba por el carril de la izquierda.

—¿Sabes a qué velocidad vamos?

—No. Y no quiero que me lo digas. Ya sabes que me da miedo.

—Yo tampoco lo sé. Prefiero no mirar el cuentakilómetros. Es más arriesgado. Más imprevisible. Quizá pasamos de los ciento ochenta.

—¿Qué dices?

—Ciento ochenta. Ya te lo he dicho.

—No quiero oírlo, no; no quiero saberlo. Estás loco. Y acabarás volviéndome loca a mí.

A Teresa sí que le gustaba la velocidad. Corría con su moto a todo gas. Enloquecida. Circulaba de noche por las calles desiertas de la ciudad sólo por el placer de correr, de darle gas a la moto, para dejarse llevar por la velocidad de la máquina.

Sólo una vez había subido con ella en su moto; en el asiento de detrás, sus piernas pegadas a los muslos de ella, las manos aferradas a su cintura.

Iban sin destino fijo. Ni siquiera se habían

puesto los cascos, ni siquiera ella. Entraron en la autopista que conducía a la playa. Se abrazó aún más a ella, rodeándola con los brazos, apretando el pecho contra su espalda. Fue cediendo el abrazo y le llevó las manos a la entrepierna. La moto dio un tirón y corrió a mayor velocidad.

Teresa vestía unos ajustados pantalones vaqueros con cremallera delantera; él, con los dedos de la mano izquierda, se la fue abriendo. Ella puso un momento el cuerpo en tensión, quizá sorprendida por el inesperado gesto del hombre, su amante, y esto facilitó la maniobra. Le bajó por completo la cremallera y pudo meter la mano entre los muslos de la mujer. No llevaba bragas. Casi nunca iba con bragas, Teresa.

La mujer dio gas a la moto y aumentó aún más la velocidad de la máquina. Él le acariciaba el pubis, los cabellos cortos, rizados y suaves, que sabía de color azabache. Siguieron así durante kilómetros. Él iba acariciándola; rozando con los dedos índice y medio la entrada de la vulva femenina; ella fue pasando de la tensión corporal precisa para controlar la moto, al relajamiento momentáneo por el placer de las caricias. Si llegaba a excitarla hasta el punto que ella perdiera el control de la moto podrían tener un accidente.

Si eso sucedía, encontrarían sus cadáveres abrazados; ella con la bragueta de los vaqueros abierta, él quizá con el sexo erecto aún.

—Para. Para el coche. Creo que voy a vomitar.

Detuvo el coche en el arcén. Isabel abrió la portezuela, pero antes de bajar ya estaba vomitando. Él bajó de su asiento, rodeó el coche por la parte de atrás y se situó junto a su mujer; le tomó la frente con la mano mientras ella sufría las

últimas arcadas. La mujer volvió a sentarse, con la puerta del coche abierta y las piernas fuera de este.

Él continuaba con el sexo excitado. Aún permanecía en su mente la imagen de Teresa en la moto, abierta de piernas, y él acariciándole el sexo. «Me gustaría que me la mamara», se dijo.

Isbel levantó un poco la cabeza y dirigió la mirada hacia el hombre, su marido.

¿Pasaba por su mente lo mismo que por la del hombre? ¿Deseaba en ese momento bajarle la bragueta y llevarse el pene a la boca? ¿Cuál era el deseo de aquella mujer? ¿Hacer el amor, allí, en el arcén de la autopista, apenas ocultos por el coche, mientras pasaban cerca de ellos otros vehículos a una velocidad desde la que sería casi imposible apercibirse de lo que sucedía en aquel punto de la carretera aunque pudiera muy bien sospecharse?

Sorprendidos por otros coches con parejas en su interior que se dirigirían, quizás, a un motel para hacer el amor. Parejas de amantes que huían de la ciudad, donde les sería difícil encontrar un lugar en el que amarse sin ser descubiertos. Mujeres y hombres que tendrían otros amores, otras parejas, y que circulaban por aquella autopista sólo para poder tener durante unas pocas horas un encuentro con el sexo, sólo con el sexo. Después, retomarían el camino, apresurados, algo tristes, aunque con los ojos aún húmedos por la felicidad obtenida, lamentando quizás aquella absurda historia que se mantenía únicamente por el placer de esas horas de sexo, esperando el momento de volver a encontrarse, de reanudar aquel acto. La ficción renovada de su amor.

—Volvamos a casa.

—Espera. Hagamos el amor. ¿Quieres?

Isbel se había duchado y había ido a acostarse nada más llegar a casa. Eran poco más de las ocho pero decía estar cansada y deprimida.

Cuando decía que estaba deprimida quería decir que se encontraba agotada, sobrepasada por los acontecimientos del día. Era un síntoma que se le empezó a manifestar después de su primer aborto. Cuando abortó por segunda vez se decidió a ir al psiquiatra. Llevaba más de un año con sus tres sesiones semanales, pero los síntomas continuaban. El cansancio físico, sentirse agobiada por lo que hacía o se suponía que tenía que hacer. Desde entonces, tenía una chica de servicio durante el día. Y desde entonces también apenas hacían juntos el amor. «Nunca podré darte un hijo», le decía en sus momentos de fuerte depresión.

El nunca se lo había pedido. Nunca había pensado en tener hijos con ella, ni con ninguna otra mujer antes. Sí que sintió ese deseo con Teresa, o ella se lo había hecho sentir en algún momento de su relación de amantes.

«Me gustaría tener un hijo contigo», le solía decir Teresa. O también le decía: «Me gustaría que me hicieras un hijo».

Teresa usaba diu y aplazaba ese momento de tener un hijo para cuando tomara la decisión de romper las relaciones con el que entonces era su novio. Él, su amante, le decía que sí, que tendrían

ese hijo, que le gustaría hacérselo. Se lo decía de esa manera. Su deseo era hacerle un hijo; hacer el amor con ella, eyacular sin ninguna precaución en el interior de su cuerpo y dejarla embarazada.

«Quizás es que quería tener un hijo tuyo», le dijo Nelia un día que se le había olvidado tomar la píldora anovulatoria y él le eyaculó dentro del sexo.

«Yo no quiero tener un hijo mío», le respondió él, con dureza, casi con violencia, y arrepintiéndose de haberle hecho el amor de esa manera, tirándole el semen dentro, temiendo por ello.

Con Isabel tenía que ir con cuidado. Las raras veces que lo hacían tenía que hacer un esfuerzo final para sacar el pene a tiempo de no eyacular dentro; también era verdad que le causaba placer contemplar, después del coito, el semen bañando el vientre de la mujer.

Así lo habían hecho en el coche, en la autopista; ella se había limpiado, o más bien se había extendido el semen por el vientre, con un pañuelito de papel. No había vuelto a ponerse las bragas y había hecho todo el trayecto de vuelta con las piernas entreabiertas y desplegadas en el asiento. En silencio y sumida en una especie de sopor placentero, en un sueño relajado que aumentaba su belleza.

Él había vuelto a pensar en Teresa.

El día que la conoció tampoco llevaba bragas.

Trabajaba de camarera en un bar. Era el bar de al lado de otro donde él acostumbraba a desayunar casi cada día. Esa mañana el suyo de costumbre estaba cerrado, puede que por defunción del dueño, y entró en aquel que desconocía, que apenas se había dado cuenta de que existiera.

La chica estaba detrás del mostrador. Llevaba unos pantaloncitos cortos color rojo y una camiseta ajustada blanca y muy fina que mostraba que no llevaba sostén. Se le ceñía a los pechos y le dejaba ver, atenuada por la tela blanca, la redondez oscura de los pezones.

Ya no puede recordar si se preguntó si tampoco llevaba bragas, quizá ni siquiera podía imaginárselo. Pero no se sorprendió cuando le metió mano por debajo del holgado y corto pantalón y no encontró ningún tejido que le impidiera alcanzar el vello del pubis con la punta de los dedos.

«¿Qué hace?», exclamó la chica al tiempo que miraba hacia la puerta y aferraba la mano del hombre aunque sin forzar para que la sacara de debajo de los pantaloncitos, más bien al contrario, apretándola contra su poblado pubis.

En el café no había ningún otro cliente que aquel hombre, quien no tardaría en ser su amante, y ella había salido de detrás de la barra y se había situado junto a él, en un gesto no demasiado lógico, para recoger unos ceniceros llenos de

colillas, cuando sintió que la mano masculina se introducía entre sus ropas.

«Disculpa», dijo él. «Lo siento». De un tirón cesó el furtivo contacto de la mano con la desnuda intimidad femenina.

«Aquí no, ahora no; váyase, váyase ahora; márchese, que viene alguien», le apremió la chica, y volvió apresuradamente tras la barra.

Él dejó unas monedas como pago de su desayuno, que apenas había probado, y salió del café al tiempo que otro hombre, no muy diferente a él en edad y apariencia física, entraba en el local.

Supuso que la chica acabaría su turno a las tres de la tarde. Fue a esperarla. Aguardó su salida dentro del coche. La chica, con sus pantaloneros rojos y, se dijo él, sin bragas debajo, salió del café pocos minutos después de esa hora. Le quitó la cadena de seguridad a una moto que tenía aparcada en la acera, delante mismo del café, la puso en marcha y, después de dirigir al hombre una mirada que él quiso entender como significativa, tiró avenida arriba, sin correr demasiado.

Él la siguió hasta su casa, un pequeño ático de alquiler en el distrito marítimo. No tardaría más que unos minutos en bajarle él mismo aquellos pantaloncitos rojos que sólo cubrían la desnudez del vientre, los rizados, suaves, negros cabellos del pubis, las prietas nalgas, la vulva húmeda...

Ella le dijo que se llamaba Teresa, que tenía un novio del que estaba enamorada y que usaba diu, que podía eyacularle dentro.

Nunca hablaron de aquel incidente en el café, de su atrevido gesto de meterle mano nada más

verla y sin haber cruzado con ella más palabras que las necesarias para pedirle un desayuno. Pero muchas veces, en lugares más o menos públicos, bares, restaurantes, el mismo café donde ella trabajaba, él le metía la mano bajo las ropas para tocarle las bragas, si las llevaba, el vello del pubis, los labios de la vulva, incluso para masturbarle el clítoris hasta llegar a hacerla orgasmar.

«A mí no me gusta follar, ¿sabes?»; lo hago por amor», le aseguró ella el primer día y se lo repetía en ocasiones.

Nunca le preguntó si con él lo hacía por amor, si se había enamorado de él el primer día en el café, cuando le metió la mano por debajo de los pantaloncitos. Quizá le había visto pasar por delante del café otros días. Pero ¿por qué él? ¿De qué pudo enamorarse Teresa de él? ¿Por qué le querían algunas mujeres? ¿Por qué se acostaban con él? Él no podía jurar que se enamoraba de ellas, aunque sí que solía decírselo, al menos algunas veces, a algunas mujeres. A Nelia nunca se lo había dicho. Y ella aseguraba que él la quería, que tenía la certeza de que la amaba.

¿Era también una ficción el placer de aquellos actos sexuales?

Y él, ¿por qué se acostaba con ellas?, ¿por qué había mantenido durante un tiempo relación con tres mujeres, Teresa, Nelia y su esposa, Isbel, hasta el agotamiento físico, hasta la saciedad, hasta que murió Teresa? Y alguna vez se había masturbado pensando en otra, o hacía el amor con Isbel mientras imaginaba que era a Teresa, o a Nelia, a quien tenía bajo su cuerpo.

La ficción de su amor estaba en aquellos cuerpos que a veces parecían no tener rostro, sin

identidad precisa, que eran intercambiables. Mujeres que tenían nombres que muchas veces confundía.

Al principio le costaba pronunciar el nombre de Teresa cuando hacía el amor con ella. Después, se le escapaba ese nombre cuando lo hacía con Nelia. Quizás Isbel se lo había oído decir en algún momento mientras dormía. A veces soñaba con Teresa y murmuraba su nombre en sueños, puede que en voz alta. Isbel le decía que le oía pronunciar palabras inconexas en algunos momentos de su agitado sueño. Nunca le preguntaba por lo que soñaba, ni le decía si eran nombres de mujer lo que pronunciaba mientras dormía.

Entró a la habitación. Isabel ya estaba durmiendo. Profundamente. Un leve ronquido surgía de su respiración, de su cuerpo que se diría inerte. Su pequeño y frágil cuerpo parecía flotar sobre el lecho. Él había amado ese cuerpo, muchas veces, en muchas ocasiones; le había hecho el amor aquella misma tarde, lo había penetrado, había eyaculado sobre él.

En otros tiempos, cuando ella aún tomaba píldoras anovulatorias, le derramaba el semen en su interior. Después ella deseó tener un hijo; tuvo los dos abortos y no volvió a tomar más anticonceptivos. Desde entonces hacían poco el amor; el semen lo arrojaba fuera, sobre su vientre.

Por esa época, cuando la dejó embarazada, también tenía una amante. Siempre había tenido alguna amante, otra mujer con la que hacer el amor, a quien besar, a quien abrir de piernas y a quien penetrar con su sexo erecto; otra mujer a la que le descubría la ropa interior, y él mismo se la quitaba, la acariciaba como un fetiche.

«¿Te gustan las bragas que llevo?», le preguntó Teresa el último día que hicieron el amor. Ella sabía que le gustaba que le sorprendiera con la ropa interior. O no llevaba bragas o las que se ponía tenían algún encanto, su color, su forma, que a él le resultaba atractivo. En ocasiones la penetraba y llegaba a correrse dentro de ella sin haberle quitado las bragas. Luego se las quitaba

ella misma y ya no se las volvía a poner.

Sabía que Teresa solía dormir desnuda. A él siempre le inquietó imaginar que ese cuerpo desnudo permanecía toda la noche junto al de otro hombre, junto a su novio. Un cuerpo dispuesto en todo momento para ser amado, penetrado. Con sólo abrirla de piernas y ponerse entre ellas; o como hacía él a veces, cuando no iba desnuda del todo, separándole la parte de la entrepierna de las bragas y dejando libre la entrada al sexo.

No habían sido muchas las mujeres con las que había dormido, con las que solía pasar una noche entera. Alguna, esporádica, antes de su matrimonio con Isbel. En ocasiones, en algún viaje, dormía con alguna mujer que había conocido fortuitamente, o con alguna prostituta que se prestaba a pasar la noche entera con él, o lo que quedara de noche después de hacerla ir al hotel mediante una llamada telefónica a una agencia de azafatas.

Mujeres a las que amaba por vez primera y sólo esa vez. Por la mañana, volvían a ponerse la ropa interior, quizás unas bragas limpias que llevaban en el bolso, y se despedían de él. Mujeres con las que había pasado una sola noche, a las que había penetrado, en el sexo, en la boca; mujeres con las que él había estado entre sus piernas y que habían recibido su semen, que había desnudado él mismo o lo habían hecho ellas para él, y a las que no volvería a ver nunca jamás. Amantes por unas horas, algunas de ellas con una tarifa pactada de antemano. A una llegó a pedirle, antes de irse del hotel, que le regalara las bragas; ella le dio el diminuto tanga que llevaba por la noche y se puso unas que parecían hechas de una especie de papel

transparente. Las bragas de aquella prostituta aún debían de estar en el bolsillo interior de alguna maleta, allí mismo, en la casa.

Se acercó a la cama y se sentó junto a Isabel. La miraba dormir. Ahora respiraba más débilmente, sin apenas emitir sonido alguno. Movi6 los labios como si fuera a hablar. Entreabrió los ojos.

—¿Estás aquí? —dijo en un susurro.

Volvió a quedarse dormida.

Dejó caer la mano que sostenía la raqueta y la pelotita de nailon pasó junto a él como un objeto sin destino.

—¡Abandono! —gritó, aunque débilmente. Un pensamiento apenas susurrado, un grito ahogado.

«Abandono». Su compañero de juego no parecía haberle entendido. Hizo un ostensible gesto de extrañeza, no comprendiendo cómo había dejado pasar aquella bola que no presentaba ninguna dificultad de recoger.

—Abandono, lo dejo —insistió, y se dirigió hacia los vestuarios.

En la ducha, bajo el intenso chorro de agua templada, empezó a recuperar las fuerzas que había creído perder por completo durante la partida de tenis. Tensó los músculos y se dejó golpear por las finas, lacerantes, gotas de agua.

«Estoy cansado. Esto empieza a ser agotador, mortal, desesperante». Puso la cabeza bajo el agua. Se mantuvo en esa posición mientras trataba de ordenar sus pensamientos. Tenía que ir a ver a Nelia. Había quedado en que pasaría por su casa y harían el amor. Su vida parecía ahora depender de Nelia. Su vida sexual. Se sonrió.

«No hay otra vida», le había dicho él alguna vez, ni sabía por qué. «No hay más vida que la sexual». Ella no pareció entenderle al principio, o se mostró perpleja ante las palabras del hombre. Luego, los días siguientes, era ella misma quien las

repetía y él no acababa de entender el sentido que les daba la mujer.

«La única vida que tenemos es la vida sexual».

«¿Tú y yo?».

«Es lo mismo, ¿no?».

«Sí, nuestra vida es la vida sexual».

Muchas veces habían repetido aquel diálogo, ni recordaba ya quién decía qué. Hasta en eso llegarían a parecerse, como amantes que eran. Repetirían diálogos ya pronunciados. Dirían las mismas palabras, tendrían los mismos pensamientos. Quizá también los mismos deseos.

Y le sucedía con la mujer más fea a la que había amado, la que menos deseable le podía resultar, de la que no podría enamorarse nunca.

El pene se le puso levemente en erección. Nunca había hecho el amor con Nelia bajo la ducha. A Teresa se lo hizo así la segunda vez que hicieron el amor juntos, que podía ser también la última, el primer día.

Ella había querido ducharse antes de volver a hacerlo. Él se metió con ella en la ducha. Con el chorro de agua tibia sobre sus cuerpos, después de que ella se diera la vuelta para que él pudiera enjabonarle la espalda, la tomó por la cintura, hizo que doblara su cuerpo y que le presentara las nalgas en toda su tensa redondez y acercó el pene repentinamente erecto a la abertura de su entrepierna.

«¿Qué haces? ¿Qué vas a hacer?», murmuró ella, entreabriendo un poco las piernas, dejándose

hacer por el hombre.

Él la obligó a inclinarse más aún. Con el dedo pulgar de cada mano le entreabrió los labios del sexo y le introdujo de un golpe el miembro viril. Ella emitió un breve gemido y se dejó hacer pasivamente, sin una queja, sin un gemido.

No tardó en eyacular dentro del cuerpo húmedo de aquella joven a la cual pensaba que quizá nunca más volvería a ver, a la que tal vez no «se tirara» nunca más.

Volverse a ver, volver a hacer el amor, suponía iniciar una relación de amantes. Algún pensamiento semejante le sobrevino mientras lo hacía con ella bajo el agua. «Somos amantes. Ella es ahora ya mi amante. Acabaremos de follar y habrá una próxima vez... y otra. Una historia que puede no tener término...». Una eyaculación breve, violenta y en silencio, bajo el chorro de agua de la ducha puso fin a aquel acto.

No repitieron aquello jamás, aunque muchas otras veces se ducharon juntos.

A veces decían: «El día de la ducha...».

El día que le metió mano en el bar; el día de la ducha, el día de la moto por la carretera, el día, la noche, en que ella se mató...

Hizo que el agua de la ducha cayera sobre la base del pene y fue cediendo la erección. Volvió a sentir el cansancio de momentos antes, cuando jugaba al tenis y se vio obligado a abandonar la partida. Tenía que ver a Nelia. Sus sábados por la tarde con Nelia.

Era ella quien decía que dependía de él, que su vida estaba organizada alrededor de él, de sus horarios y de sus deseos. Pero el deseo era de ella, se decía ahora él notando de nuevo el cansancio

en todo su cuerpo y una cierta angustia en la boca del estómago. Tendrían que hacer el amor, follar, o quizá se abandonaría en el sofá y dejaría que ella le «besara» el pene hasta hacerle eyacular.

«Abandono», dijo mentalmente. Algún día tendría que abandonar a su fea amante. Quizás el día que encontrara a otra mujer, otra amante, más joven y bella. Una mujer como Teresa, o como otras que habían habido en su vida; ninguna tan fea, ninguna tampoco bella del todo.

«¿No tienes bastante con tu mujer y conmigo?», le había dicho Teresa cuando él le contó que se había acostado con una mujer que había conocido en un bar. «¿Otro bar?», preguntó también.

«Esta no es una camarera. Estaba allí por casualidad. Yo entré al lavabo y...».

«¿Te la tiraste en los lavabos? Porque tú eres capaz, en el lavabo de un bar...».

No le dio más explicaciones ni le volvió a hablar de Nelia. Aquella misma semana Teresa decidió romper la relación con él.

«Vamos a dejarla en suspenso», le dijo ella. «Durante algún tiempo. Hasta que sepa cuáles son mis verdaderos sentimientos. Después...».

«¿Después?».

«Supongo... que volveré contigo».

El triángulo había durado apenas unos días. La semana siguiente murió Teresa. El triángulo. Teresa, Nelia, Isbel... y él mismo estaba definitivamente roto.

Ahora sentía la misma desesperación, el cansancio, que sintió la noche que se encontró con su mujer en la cama después de haber hecho el

amor con Teresa y con Nelia en el mismo día. El sentimiento que tuvo cuando dejó caer la mano con la raqueta y dejó pasar la pelota de tenis. «Abandono».

¿Por qué no había abandonado ya a Nelia? ¿Cuándo iba a dejarla? ¿A qué esperaba? ¿Pensaba hacerlo alguna vez?

«Cuando te vas, después de estar conmigo..., me siento abandonada», decía Nelia.

«No te abandono; simplemente, me voy a casa».

Ahora, volvería a verla, en casa de la mujer, otro día más; harían el amor y, luego, «la abandonarían».

Aquello duraba cerca de un año, casi un año hacía también que Teresa había muerto. Teresa muerta, Nelia, Isbel...

«¿Y tú, no tienes bastante conmigo, o con tu novio?», le preguntaba, como respuesta, a Teresa.

«Yo os quiero por igual a ti y a él. Y os soy fiel a los dos», aseguraba ella, y no parecía mentir, a pesar de que él no dejaba de sonreír cínicamente.

«No nos engañas con otro, ¿eh?».

«No. No podría».

Él engañaba a Isbel, si es que ella no sospechaba o no sabía nada de sus historias con otras mujeres. No podía ni imaginar que una mujer le engañara a él, que estuviera con otro hombre sin él saberlo, mintiéndole.

Teresa le había prometido dejar el novio por él. Se mató antes de hacerlo. Quizá fue con él, con el novio, con quien hizo el amor ese día por última vez. La última vez de su vida, el último acto de

placer sexual antes de su muerte. El último hombre que la penetró, que gozó de su cuerpo.

De Nelia, de su vida amorosa, no quería saber nada; nunca le había preguntado si tenía algún novio, otro amante, o relaciones con otros hombres.

Isbel ni siquiera hacía ya apenas el amor con él. Se masturbaba, quizá. Tendría sueños eróticos seguramente.

«O un amante». El pensamiento pasó, fugaz, un instante, por su mente. Su mujer podía tener un amante.

Cerró las llaves de la ducha y un último chorro de agua, ahora fría, fue a caer sobre su rostro. Tragó algo de líquido, escupió y salió de la ducha.

La circulación era intensa en aquella hora de la tarde. Tardó más de lo previsto en llegar a la calle donde vivía Nelia. Además, no encontraba sitio donde aparcar. Había quedado que iría a verla a las siete y ya pasaban veinte minutos de la hora. Ella le esperaría, claro; ni siquiera se mostraría impaciente o con algún signo de preocupación. Dispuesta, eso sí. Demasiado dispuesta quizá. ¿No era eso lo que le gustaba de las mujeres, de ciertas mujeres? Las prostitutas... Disponibles siempre, sin otro oficio que acostarse con un hombre.

Decidió dejar el coche en un aparcamiento público. Tuvo que hacer algunas maniobras para aparcar y fue él quien empezó a impacientarse. Cuando, al fin, salió del aparcamiento eran ya las siete y media de la tarde. Pulsó el timbre del portero automático del piso de Nelia. No recibió respuesta, no contestaba inmediatamente como era habitual. Insistió. Nelia seguía sin contestar. Esperó unos minutos. Pulsaría el timbre una vez más y se marcharía. Así lo hizo. Puede que nunca más volviera a llamar a aquella puerta. Nunca más.

Apresuró el paso y dejó atrás la calle donde vivía su amante. En el aparcamiento, de nuevo dentro de su coche, empezó a sentirse mal. Escupió en un pañuelito de papel y, sin darse cuenta, lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Un eructo con sabor a vómito le subió a la garganta desde la boca del estómago.

¿Qué pasaba con Nelia? ¿Se había cansado de

esperar? ¿Era esa una manera de acabar con él, con la relación que mantenían; una forma de abandonarlo?

El guarda de seguridad del aparcamiento fue acercándose hacia donde aún permanecía con el coche aparcado, bien que con el motor en marcha.

«¿A cuántas tías te has tirado aquí, dentro de sus propios coches?», murmuró entre dientes. Temió por un momento que el guarda fuera a preguntarle si le sucedía algo o si necesitaba ayuda. Puso la marcha atrás y comenzó la maniobra para salir del aparcamiento. Una mujer que conducía un pequeño coche rojo esperaba para ocupar la plaza que él dejaba.

«Es el final», se dijo. «No volveré a ver a mi amante, a esta amante». Sonrió y algo de saliva en forma de pequeñas burbujas le llegó a los labios.

Era el final del día, de aquel día. No había sido un buen día para él.

Detuvo el coche junto a la acera de una calle desconocida para él, porque sintió un fuerte dolor en el estómago y tuvo miedo. Miedo a morir, a matarse con el coche si perdía el control, si sufría un desvanecimiento o un ataque de pánico; miedo a cometer alguna estupidez.

Levantó la vista y vio ante sí un rótulo luminoso, de color rojo, con las palabras CLUB DIVINAS, aunque la s no acababa de encenderse. «Putas», murmuró. «Un club de putas». La s seguía sin encenderse, pese a los destellos intermitentes de la luz. «Divina... puta».

Faltaba por iluminarse la letra s. La inicial de su nombre. Un club de divinas mujeres disponibles. Podría entrar y acostarse con cualquiera de las que hubiera dentro. Pago anticipado, pactado antes de empezar ella a desnudarse o incluso antes del primer beso.

«¿Cuánto costaba el amor en aquel club?». Se llevó la mano al estómago. Ya no sentía dolor alguno. Bajó la mano hasta alcanzar el bajo vientre. «Me saldrá una úlcera. Me destrozaré el estómago. O acabaré volviéndome loco». Sudaba. Cerró los ojos. «Estoy haciendo el idiota, lo sé», murmuró. «Esto es ridículo».

Cuando volvió a abrir los ojos llevó la mirada hacia la ventanilla con el presentimiento de que alguien estaba junto al vidrio. Oyó débilmente una voz. Bajó el cristal de la ventanilla y el rostro de la

mujer que se había acercado al coche apareció enmarcado en el vehículo a pocos centímetros de su propio rostro.

—¿Tienes un cigarrillo?

Era una chica joven. Morena; con el rostro oscuro, quizás algo sucio. Un rostro un poco deformado, hinchado en las mejillas, los ojos ligeramente estrábicos.

—Dame un cigarrillo —insistió la chica, con un ruego algo amenazante.

—No llevo, no fumo.

—¿Qué? —La chica parecía no entender la respuesta del hombre—. Te he pedido un cigarrillo. ¿No quieres darme uno?

—No fumo: te he dicho que no fumo. —Lo pensó un momento y le dijo—: ¿Quieres dinero para comprarte un paquete?

La chica hizo un gesto vago con los hombros; las mejillas parecieron hinchársele aún más. Desvió la mirada hacia algún punto del interior del coche, quizás al asiento vacío que había junto al conductor. Acabó por decir:

—¿Qué tengo que hacerte?

Ahora fue él quien se mostró sorprendido.

—¿Qué? ¿Hacerme...? —Comprendió—. Ven, pasa dentro.

La chica dio la vuelta por detrás del coche y se introdujo en su interior; vestía de negro, un vestido corto que, al sentarse, le dejó los muslos casi por completo desnudos, a ras de la entrepierna, por donde asomó la tela blanca, algo amarillenta, de las bragas.

Él mismo se había bajado la cremallera del pantalón y se había sacado el pene medio erecto. La chica le miró un instante a los ojos; parpadeó de manera nerviosa varias veces seguidas, o hizo un extraño gesto con los ojos, una especie de

guiño; los labios le habían temblado ligeramente, quizás en el momento de pronunciar unas palabras casi inaudibles, torpes, ininteligibles. ¿El dinero que le pedía?, ¿o era que le preguntaba cuánto le iba a dar él?

La chica dobló las piernas sobre el asiento; iba sin depilar y algo sucia. Después de coger el miembro masculino con su mano izquierda se lo llevó a la boca.

Apenas había podido dormir. Después de desayunar, desde el mismo café llamó por teléfono a la oficina y le dijo a su secretaria que esa mañana no iría o lo haría a última hora, hacia el mediodía. Le pidió otro café, un café solo, a la camarera. Era la chica que había sustituido a Teresa después de que esta se matara.

Tras el primer día en el que hicieron el amor él no había vuelto a ir a aquel café. No quería verla allí. Temía encontrársela con su novio, o con otro hombre. Tampoco iba al café de al lado, el que había sido el suyo habitual hasta el día aquel que entró donde trabajaba Teresa y que le llevaría a convertirla en su amante.

¿O era él el amante de ella? Teresa no entendía el significado de aquel término.

«Somos novios, ¿no?».

«¿Puedes tener dos novios al mismo tiempo?».

«¿Y dos amantes? ¿Cómo puedes tener tú dos amantes? Te gustaría tener un harén, ¿verdad?».

«Me gustaría acostarme con todas las mujeres que me resultan deseables. Pero eso es del todo imposible, ¿sabes por qué?».

Ella esperó la respuesta sin aventurar ninguna por su parte.

«Se rompería la cama».

Teresa no parecía entender nada de lo que él le decía. Casi nunca contestaba a sus preguntas; o las respondía con otra pregunta. «No te entiendo, de

verdad que no te entiendo. ¿Qué quieres decir? Explícame».

¿Qué tenía que entender? ¿Qué quería que le explicara aquella mujer? ¿Qué era lo que había entendido la chica que le había chupado el pene por un paquete de cigarrillos la tarde anterior? No le había pedido más explicaciones. Después de todo le había dado dinero suficiente para fumar todo un mes. El precio del amor.

Teresa había pagado con la muerte. Una muerte que él imaginó muchas veces después que ella le dejó. Una muerte que él le deseaba, le predecía. Una muerte que podía haber sido obra suya.

Una vez la esperó a que saliera del café, cuando hacía el turno de noche. Era un día de invierno; ella vestía unos pantalones negros de licra, una especie de mallas, que él le conocía, que él mismo le había quitado en la cama para descubrir sus muslos y su vientre desnudo, casi siempre sin bragas. También vestía una cazadora de cuero, que se abotonó hasta el cuello cuando, tras salir del café, quitó la cadena de la moto y montó en ella. Era una noche húmeda y fría, invernal, desapacible. Con un gesto suyo habitual, Teresa tiró el culo hacia atrás, empujó la barbilla y bajó de la acera con la moto en marcha.

«Ahora soy yo quien no te entiende. ¿Por qué quieres dejarme? ¿Por qué no podemos seguir como estamos?».

«Tú tenías razón. No puedo estar con dos

novios al mismo tiempo...».

«Podemos ser amantes».

«No quiero un amante. No sé lo que es eso».

«Alguien capaz de matar por amor».

Algo semejante se habían dicho una semana atrás. Y él había estado imaginando su muerte cada día, casi cada minuto del día, de cada día de aquella semana en que ella decidió «cortar la relación».

Aquella era la noche del viernes, una de las noches que ella trabajaba en el café hasta las dos de la madrugada. Fue levantando el pie del embrague al tiempo que apretaba con el otro pie el acelerador. Con las luces del coche apagadas, tiró tras la moto; la siguió durante toda la avenida. Apenas había circulación a aquellas horas. Se acercó hasta situarse a pocos metros de la motorista. Si aceleraba bruscamente podría atropellarla y darse a la fuga. Ella ni siquiera llegaría a saber que había sido él quien la había matado, a menos que él lo hiciera de modo que pudiera reconocerle antes. La moto puso el intermitente de la izquierda. No era la dirección habitual que ella tomaba para ir a pasar la noche con su novio. Tampoco le conducía aquel camino a su casa. Desistió de continuar la persecución. Deseaba, eso sí, que Teresa no llegara viva a su destino.

La camarera tardaba en ponerle el segundo café que le había pedido, un café solo. Quizá no le había oído. Ahora atendía a otro cliente que había llegado después que él mismo, un hombre de apariencia algo más joven que él. Tampoco podía decir que tenía prisa; no tenía ningún sitio adonde ir. No sabía bien por qué había decidido telefonear

a su secretaria y decirle que no iría esa mañana. La camarera, al fin, puso una taza de café ante él, encima de la barra.

Era una chica rubia, de la edad de Teresa o algo más joven. Vestía una minifalda muy estrecha, de un color fucsia claro. Las nalgas, prominentes, tensaban el tejido, licra posiblemente, y hacían que la pieza de ropa se le subiera un poco más por la parte trasera que por delante. La chica se daba leves tirones de vez en cuando tomando el bajo de la falda por detrás y con un movimiento casi mecánico, algo ritual; provocativo, pensó él.

¿Tendría novio, aquella chica? Seguro que sí. Un novio con el que se acostaba cada noche; o puede que cada tarde, hacia las tres, después que ella saliera del café. Teresa lo hacía cada noche con su novio, o eso le dijo cuando él, de manera afirmativa, se lo preguntó.

«Folláis todas las noches, ¿eh?».

«Sí».

Todas las noches dormían juntos, eso sí que era seguro, a pesar de que el presunto novio de Teresa estaba casado, separado de la mujer, y vivía en un chalet en las afueras de la ciudad. Eso era lo que él no podía soportar, lo que empezó a recriminarle al poco tiempo de iniciadas sus relaciones amorosas.

Y sin dejar de decirle que eran amantes, porque era como si ella estuviera también casada y él tenía su mujer.

«Ya no nos acostamos juntos. Quiero decir que duermo con él, pero no hacemos nada... casi nunca», le dijo poco antes de que decidiera que acabaran la relación.

Y él continuaba con su amante, con Nelia. Y,

por supuesto, con su mujer. Ni una ni otra sabían nada de la existencia de Teresa.

«En los triángulos amorosos siempre hay alguien que ignora lo que sucede, que no sabe nada del tercero, del otro hombre o de la otra mujer», le decía a Teresa.

«¿Y qué es lo nuestro?, ¿un cuadrilátero, un pentágono? ¿Cuántos somos en este triángulo?».

A veces pensaba que lo mejor sería que Nelia tuviera novio, o que estuviera casada, o que tuviera otro amante. Así él sería también su amante, el tercero de ese triángulo.

Buscó la mirada de la camarera para pedirle que le cobrara los cafés. Ella ya le estaba mirando, de manera desafiante, o puede que sólo indiferente.

—Haré otra llamada telefónica —le dijo a la chica.

Ella se encogió de hombros y conectó de nuevo el contador del teléfono.

Después de todo, había decidido ir a la oficina. Quería llamar a su secretaria para comunicárselo. También llamaría a Nelia para decirle que iría a verla esa tarde.

Nelia se había quedado dormida después de haber hecho el amor. Su respiración era fuerte, algo ruidosa. Él pensó que no podría soportar dormir con ella, no aguantaría pasar una noche juntos. Sudaba mientras dormía. Tenía un sueño excesivamente pesado. Su fealdad aumentaba en algunos momentos.

La mujer apretaba los ojos, como aferrándose al sueño; por contra, tenía los labios entreabiertos, se le movían al respirar y parecía que pronunciaba algunas palabras. Tal vez decía su nombre, el de él. En ese momento se dio cuenta de que ella nunca le llamaba por su nombre, ni siquiera estaba seguro de que lo supiera, no tenía la certeza de cuándo se lo había dicho o de que ella se lo hubiera preguntado. Podía ser su amante anónimo, pensó. Él sí que decía el nombre de la mujer mientras hacían el amor, a toda mujer a la que amaba. Aunque a veces pensaba en otra.

Nelia emitió una especie de gemido placentero, como cuando la penetraba. Quizá soñaba que hacían el amor otra vez. O soñaba con otro hombre.

Él se levantó de la cama. Se puso los calzoncillos y los pantalones. Ella seguía durmiendo profundamente, del todo relajada. La miró y en ese instante le encontró cierta belleza. Muerta quizás estaría bella incluso. Se sonrió cínicamente, con dolor. Algún día le diría a ella lo que había pensado en ese momento. Que muerta quizás estuviese bella. Que había belleza en

aquella apariencia mortal del sueño.

Por un momento vio la imagen de la mujer, desnuda, apenas cubierta por la sábana, reflejada en el espejo. ¿Se miraba ella, así desnuda, en aquel espejo? ¿Se encontraría bella? Tampoco podía decir que su cuerpo fuese feo. Tenía el culo bonito, pensó. Quizá se lo había dicho ya a ella. Puede que el primer día que hicieron el amor le dijera algo sobre su culo. Los pechos eran algo blandos, pese a no ser muy grandes. El pubis lo tenía demasiado poblado de vello negro. A él no le gustaban los coños excesivamente peludos, decía siempre. Eso nunca se lo dijo a Nelia.

A Teresa solía decirle que le gustaba su pequeño sexo de labios rosados y siempre húmedos, coronado por el poblado pero muy corto azabache del pubis. Incluso le dijo alguna vez que lo que más le gustaba de ella era su boca, su coño... y, añadió, sus ojos, aunque no estaba seguro de qué color eran.

Nelia hizo un movimiento giratorio sobre la cama; sin abrir los ojos, se llevó la sábana hasta los hombros. Él se quedó quieto mirándola. Contuvo un momento la respiración. No quería que la mujer se despertara.

De ella ahora sólo era visible su rostro. Estaba fea, muy fea. Contraía los músculos del rostro al dormir. Las arrugas que se le hacían junto a la comisura de los labios le daban un aspecto envejecido. Las aletas de la nariz se le hinchaban de manera exagerada con la respiración. Desvió la mirada de aquella imagen.

El mueble que sostenía el espejo estaba lleno

de pequeños objetos. Algunas figuras de cerámica; un joyero de madera con la tapadera abierta y que contenía piezas de bisutería; un libro de tapas rojas que quizá fuese de poesía, una foto enmarcada medio oculta por unas piezas de ropa interior dejadas caer en el mueble...

Cogió la foto por el marco y se la acercó a la vista. Sobre un paisaje marino, una playa rocosa tal vez, estaba Nelia con un hombre. Debía de ser un día invernal, o de finales de otoño, porque tanto Nelia como el hombre llevaban ropas de abrigo. Él la cogía por el hombro. Miraban a la cámara y sonreían. Alguien debió de hacerles la foto, algún extraño a quien le pidieron el favor para poder retratarse juntos, a menos que se tratara de una de esas pequeñas máquinas con disparador automático. Parecían felices. Él era un hombre algo más alto que ella, de unos treinta años, de facciones grandes, con un poblado bigote negro y una mirada penetrante y simpática. Su exmarido quizá, si es que lo había tenido. Un novio. O un amor pasajero, el amante de aquel invierno. Ella daba la impresión de que era algunos años más joven que ahora; sin embargo, estaba más fea y menos atractiva. Puede que nunca hubiese sido fotogénica. Sí que parecía mucho más feliz.

Dejó la foto enmarcada sobre el mueble del espejo. En todo el tiempo que llevaba acostándose con Nelia nunca le había llamado la atención aquella foto, ni siquiera se había acercado a aquel mueble para curiosear en los numerosos objetos que se acumulaban en él. Todo aquello era parte de la vida de esa mujer, de su amante, de su vida anterior, de su otra vida. Su vida sexual.

¿Con cuántos hombres se habría acostado, puede que en aquella misma cama, antes que con

él? Nunca habían hablado de ello, nunca le había preguntado sobre su vida amorosa... con otros hombres.

Era como si las mujeres que amaba, las mujeres con las que se acostaba, no tuvieran vida... vida amorosa fuera de él. Teresa tenía a su novio; pero tampoco quiso saber nada de los otros hombres que podían haber pasado por la vida de ella. Isabel era divorciada. Había visto en una ocasión, de lejos, a su exmarido, y ella le había hablado alguna vez de él. Poco más. Había habido otras mujeres en su vida, de las que apenas conocía nada de sus relaciones amorosas con otros hombres. Ahora se daba cuenta también de que no guardaba fotografías de casi ninguna.

Con Isabel tenía alguna foto en una playa no muy diferente de aquella donde se había retratado Nelia con su amante invernal. Había sido un verano, el último verano que habían ido de vacaciones, antes de casarse. Era una playa del norte; por la noche refrescaba el tiempo. Casi cada noche hacían el amor. Entonces aún le decía a Isabel que la amaba. Se lo decía mientras eyaculaba en el interior de su cuerpo. Y cuando ella se lo preguntaba; cuando le decía, de manera interrogante, si la quería.

A Nelia también le habría hablado de amor algún hombre, puede que el de la foto. El nunca le decía que la quería. Se lo había dicho a Teresa. Y a muchas otras mujeres, casi siempre cuando estaba entre sus piernas. Con Nelia blasfemaba en el momento de la eyaculación. Y después reía.

«Me desconciertas, me vuelves loca. Dices

todas esas obscenidades y después te ríes...».

«El amor y la muerte provocan risa, ¿no lo sabías?».

«No te entiendo».

Ese mismo breve diálogo se repetía en ocasiones tras la cópula amorosa. Después Nelia se quedaba callada. Nelia apenas hablaba, y no lo hacía por temor a molestarle.

«Me gustas en silencio. ¿Lo entiendes?», le había dicho él desde casi el principio.

Prefería que no hablara, sobre todo para no tener que hablar él también. Para evitar tener que hablarle de amor.

«¿Quieres que ponga música?».

«Después. No me gusta tener banda sonora musical mientras hacemos el amor».

«¿El amor?».

Después ni siquiera se acordaban de la música. ¿Qué clase de música le pondría si le dijera que sí? ¿Boleros? ¿Música para follar? Isabel pondría algo de Malher si se le ocurriera decirle que pusiera fondo musical. O quizá le parecería una obscenidad utilizar la música clásica de esa manera. A Teresa le gustaba Barbra Streisand y cantantes de ese estilo. Ponía el disco en la cadena musical, con el dispositivo automático, y todo el tiempo sonaban los mismos temas. Había conocido una mujer a la que le gustaba hacerlo con la televisión en marcha. Las voces de algún telefilme sonaban en el silencio de la habitación y los reflejos lumínicos de la pantalla iluminaban sus cuerpos sobre el sofá de la sala donde hacían el amor. Nelia ni siquiera tenía tocadiscos. Quizás habría conectado la radio si le hubiera pedido que pusiera música.

La mujer entreabrió los ojos. Sus miradas se encontraron en un punto del espejo. Los ojos de la mujer le devolvieron su propia mirada. Había algo de él mismo en aquellos ojos, sus miradas ya eran semejantes.

Se volvió hacia ella y empezó a desabrocharse la bragueta de los pantalones. Dejaría que le «besase» una vez más y se marcharía.

El teléfono había sonado dos veces, dos timbrazos, y se había detenido. Esperó a ver si Isbel le avisaba de que tenía una llamada.

Él no había querido descolgar el supletorio que tenía sobre la mesa. Rara vez recibía llamadas en casa; tenía pocas relaciones fuera del trabajo, aparte de sus ocasionales amantes.

Tampoco Isbel utilizaba mucho el teléfono. Hablaba con su madre y algunas veces la llamaba su exmarido, cada vez menos. Ella llamaba también al supermercado para encargar la compra de la semana. Alguna amiga la llamaba en ocasiones. Y hablaba con su psiquiatra; le solía llamar ella. Quizá se tratara de él. Pero tampoco parecía que Isbel hubiera descolgado y estuviese hablando con alguien.

Quien quiera que fuese el que había llamado, y a quien llamara, se había arrepentido a los dos timbrazos y había colgado.

¿Podía ser una señal, un aviso para Isbel? ¿Su psiquiatra? Podía llamarla para que, por alguna razón, no fuera a la sesión del día siguiente, o para concertar con ella alguna otra clase de cita. También podía haber sido Nelia quien había hecho la interrumpida llamada. No creía haberle dado nunca su número de teléfono, pero sí que sabía que ella lo había buscado en la guía telefónica, que incluso sabía ya dónde vivía. Ella le anotó un día su número en un trozo de papel, por si él necesitaba llamarla en algún momento. Aún debía de llevarlo en la cartera. Lo buscó. Allí estaba,

junto a las tarjetas de crédito.

Descolgó el teléfono. Daba señal para marcar. Se sabía de memoria el número de teléfono de Teresa, el que tenía cuando vivía en el ático... cuando aún vivía. La había llamado más de una vez para concertar una cita con ella, o para asegurarse de si estaba sola en casa cuando decidía ir a verla sin haberse citado antes.

Marcó los siete números. Los del que había sido el teléfono de su amante muerta, de Teresa. A los tres timbrazos descolgaron.

—¿Sí? —dijo una voz femenina; una voz grave, apagada, muy distinta de la que tenía Teresa en vida—. ¿Sí?, ¿quién llama?

Debía de ser una mujer joven, quizás otra chica que trabajaba en un café. Una mujer que viviría sola en aquel ático; sola, con amantes que la visitaban por las tardes, con los que ni siquiera dormiría.

—¿Sí? —volvió a preguntar la joven.

Se pasó el auricular a la mano izquierda y con la derecha se bajó la cremallera de los pantalones.

Casi inmediatamente, al escuchar la voz femenina, el pene había comenzado a ponerse en erección.

—¿Quién llama? —insistió ella.

No había impaciencia en la voz, ni siquiera inquietud. Tampoco daba sensación de temor. Sólo parecía interesada en saber quién la llamaba.

Podía oírse levemente la respiración de la mujer. Empezó a masturbarse. Se había reclinado en el respaldo de la butaca, había extendido las piernas y las tenía entreabiertas para facilitar los movimientos de su mano. Suspiró profundamente, evitando que el sonido de su respiración pudiera oírse por el teléfono.

—¿Oiga?, ¿quién es?, ¿quién llama?

Los movimientos de la mano oprimiendo el pene se hicieron más intensos, más rápidos y frecuentes. Cerró los ojos. Dejó escapar un jadeo.

La presencia de la chica, sus palabras, su respiración, la sensación de que estaba cerca de él por la comunicación telefónica, se hicieron más evidentes.

—¿Eres tú, Luis?

Abrió la mano y cesó el contacto con el endurecido pene, que comenzaba a gotear por su abertura.

La voz femenina aún preguntó:

—¿Luis? ¿Eres Luis?

Con la misma mano, pulsó el interruptor del teléfono, cortó la comunicación.

Esperó un segundo a tener de nuevo línea y marcó el número de Nelia. Iría a verla esa tarde.

Cuando hacían el amor, Nelia nunca contestaba al teléfono. Dejaba sonar el timbre y ni siquiera parecía darse cuenta de la llamada. Él siempre se detenía un momento.

«¿No contestas?».

«¿Qué?, ¿quién llama?».

«¿Quién puede llamarte?, dime».

«No sé; nadie».

Ella le rodeaba el cuello con los brazos y le pedía que la abrazara.

«Abrazame, abrazame fuerte», le decía.

El teléfono podía seguir sonando.

En el ático de Teresa, mientras hacía el amor con ella, había sonado más de una vez el teléfono. Casi siempre era su novio quien la llamaba. Ella sí que contestaba; hablaba con él durante un rato, incluso mantenían largas conversaciones. Se encendía un cigarrillo, desnuda o cubierta apenas con alguna bata, se sentaba en un pequeño taburete junto al supletorio de pared y conversaba con su novio. Los ojos entornados, las piernas juntas.

Él la veía desde el dormitorio; en alguna ocasión se había masturbado contemplándola, sin llegar a eyacular, sin que ella se apercibiese de lo que hacía.

Una vez que ella estaba con una de sus

interminables conversaciones telefónicas, se acercó a la mujer, se agachó junto a ella y empezó a acariciarle los muslos. Ella se puso rígida un momento, como siempre que él tomaba la iniciativa con su cuerpo.

Dijo algunas palabras al teléfono, unos monosílabos, al hombre que hablaba con ella, su novio, y fue relajándose. Se abrió de piernas.

Había cerrado los ojos por completo y apenas decía nada al teléfono, algún «sí» susurrado, casi un gemido, mientras él le pasaba la lengua por la entrepierna.

Las dos manos en los muslos, acariciándoselos, apretándoselos con los dedos, clavándoles las uñas por momentos.

Ella gemía levemente, de manera ahogada, sin soltar el teléfono, sin dejar la conversación, que era ya sólo un monólogo del otro hombre.

Llevaba puesta una corta bata de seda china, de color negro, que se había abierto a ambos lados del cuerpo al abrir las piernas. Un cigarrillo se consumía entre los dedos de su mano izquierda.

Levantó uno de sus muslos y puso el talón del pie sobre el taburete. La vulva, húmeda, le quedaba entreabierta, algo elevada del asiento. Se dejaba lamer por el hombre; el vientre le temblaba.

Él llevó una de sus manos por debajo del muslo de la mujer, rodeando la nalga, hasta que con el dedo índice encontró la entrada del orificio del culo. De un breve impulso, le introdujo parte del dedo.

Ella emitió un fuerte gemido. Con la mano izquierda cubrió el aparato telefónico para impedir que el otro hombre oyera algo. Un poco de ceniza del cigarrillo cayó sobre su propio muslo, cerca del rostro masculino. Al fin dijo algo

al teléfono, unas simples palabras de despedida, y colgó el aparato.

«Era mi novio», explicó casi en un susurro, al tiempo que con la mano ahora libre apretaba la cabeza del hombre contra su bajo vientre.

El dedo continuaba hundiéndose en el ano.

Ella había levantado más aún la pierna y tenía el pie sobre la espalda de su amante. Él le mordisqueaba los labios de la vulva, le golpeaba con la punta de la lengua en el clítoris, atrapaba con sus labios la extensión del sexo femenino. Acabó por meterle el dedo cuanto pudo, hasta la base del puño.

Ella empezó a convulsionarse, como hacía en sus reiterados orgasmos cuando copulaban. Dijo:

«No, en el culo no; en el culo... no».

Sodomizó a Isabel una noche, la primera vez que estuvieron juntos.

Hacía poco tiempo que ella se había divorciado. Alguien, un conocido común, les había invitado a la misma cena, en un restaurante. Se habían sentado juntos a la mesa y después de unos momentos de silencio, de tensión, habían iniciado una conversación que se prolongó durante toda la cena. Se fueron juntos, directamente al apartamento de él.

Durmieron juntos, aquella noche.

De madrugada, cuando empezó a amanecer, ella aún dormía; la luz que entraba por la ventana iluminaba ligeramente el cuerpo de la mujer. Estaba tendida boca abajo, el rostro de perfil, el cuerpo del todo relajado. Desnuda y apenas cubierta por la sábana.

La noche pasada habían hecho el amor de manera breve. Intensa pero brevemente. Él ni siquiera había llegado a eyacular. Sobre todo había estado acariciando a la mujer. La había hecho orgasmar, o algo parecido, pasándole la lengua por el clítoris. La penetró apenas un momento; ella pareció quejarse de algún dolor que le producía en el bajo vientre, quizá del mismo placer que sentía, y él desistió de consumir la cópula. Abrazó a la mujer y ella se recogió en sus brazos, hasta dormirse.

La luz de la madrugada recortó su cuerpo en la oscuridad de la habitación; las nalgas prominentes asomando bajo una punta de la sábana, los muslos

entreabiertos insinuando algo oscuro entre ellos.

Él había permanecido casi toda la noche en un ligero sueño; excitado, con el pene en erección. Toda la noche sintiendo a su lado el cuerpo de la mujer. Había acariciado sus nalgas al tiempo que la oía respirar. En algún momento había soñado que hacían el amor, que eyaculaba dentro del sexo femenino.

Ella seguía durmiendo, siempre en aquella postura, en la que parecía ofrecer sus nalgas para ser tocadas, acariciadas, para que él las abriera. Le puso las dos manos en el culo, una en cada nalga, y se lo fue abriendo. La mujer emitió un gemido, una especie de queja inconsciente; movió levemente su cuerpo sin llegar a cambiar de postura.

Él hizo un rápido movimiento, le pasó la lengua repetidamente por toda la abertura anal y, llevando su cuerpo sobre el de la mujer, le puso la punta del pene en la misma entrada del orificio del culo. Ella volvió a gemir. Su cuerpo no estaba tenso; quizás aún no había despertado del todo. Él forzó un poco la introducción del pene. Ella gemía pero no hacía ningún gesto de rechazo. Acabó por introducirle el pene por completo y se dejó caer sobre el cuerpo de la mujer. Le susurró algo al oído, algunas palabras de amor.

Y sin moverse, distensionando su propio cuerpo, dejó escapar el semen dentro de ella.

Nunca más volvieron a hacerlo de aquella manera. Él sabía que ella no iba a negarse si él lo intentaba, incluso parecía pedírselo con el cuerpo a veces, cuando hacían el amor. Él sabía que podía destrozarse a aquella mujer y ella ni siquiera se quejaría.

Nunca había tenido deseos de muerte con Isabel. Sólo cuando dormía, alguna vez, creía ver en ella un cadáver. Algunas noches sentía deseos de hacerle el amor mientras ella dormía. Su sueño profundo, pesado, daba consistencia a la fragilidad de su cuerpo. Hubiera podido abrirla de piernas, humedecerle con saliva la entrada del sexo, penetrarla sin que ella llegara a despertarse. Quizá con las convulsiones de la eyaculación la mujer despertaría y su cuerpo se uniría a los espasmos del orgasmo.

¿Había hecho alguna vez algo semejante con alguna mujer?

Hacía años, con una de sus amantes; estaba casada y su marido solía forzarla a copular penetrándola cuando ella ya dormía. Él quiso hacerlo con ella de esa manera. Habían hecho el amor y ella se había dormido nada más terminar. Él forzó su mente para lograr de nuevo una erección. La mujer aún tenía el sexo húmedo. Él se ayudó con la mano para introducirle el pene, no demasiado duro. Empezó a moverse dentro del cuerpo de la mujer buscando excitarse y endurecer así el pene. La mujer, su amante, despertó de pronto. Le miró con odio, con desprecio, y le pidió que la dejara estar, que no insistiera; no le gustaba hacerlo de esa manera ni él tenía necesidad de violentarla de ese modo.

«Tú no eres mi marido», le dijo, con un tono de

desprecio que era difícil saber a quién iba dirigido, si al marido o al amante.

No volvió a verla más, a pesar de que ella sí que quería que continuaran con su relación de amantes. Se encontraron un día casualmente en un restaurante. Ella iba con un hombre. Su marido o puede que otro amante. Se ignoraron. En algún momento sus miradas se encontraron, se miraron de forma extraña. Se vieron como unos extraños, olvidados, o como si no quisieran aceptar la existencia del otro.

Era lo que quedaba de sus encuentros amorosos. Esas imágenes que a veces le venían a la mente era lo que quedaba de sus amantes. Cadáveres del amor.

El día de la muerte de Teresa él había llamado al café donde trabajaba y preguntado por ella. Le dijeron que no había ido en todo el día, que no sabían nada de ella.

Él sabía que la noche anterior ella había ido a pasarla con su novio. Habrían hecho el amor, como cada noche, seguramente. Ella le decía que últimamente ya no hacían el amor, pero en eso no la creía. Se desnudaría, se abriría de piernas, para su novio, como lo había hecho para él, como lo habría hecho para otros hombres antes y lo hubiera seguido haciendo de no haber muerto.

Desde que ella había decidido romper la relación amorosa no había vuelto a telefonarla a su casa. Sólo la llamaba al bar. La veía alguna vez, en otro bar; hablaban y él intentaba besarla, convencerla para que volvieran a hacer el amor. Ella aplazaba ese momento. Quería dejar primero a su novio. Insistía en llegar a saber cuáles eran realmente sus sentimientos hacia él; hacia los dos hombres; sus verdaderos sentimientos respecto a ella misma.

«El mes pasado creí que me había quedado embarazada. Me dio miedo pensar que pudiera ser así... mientras mantenía relaciones con los dos, con vosotros dos. Aunque con él ya sabes que últimamente lo hacía poco», le dijo en una de esas citas en un bar.

Aquella tarde se sintió inquieto y quiso saber de ella, oír su voz, tratar de convencerla para que se viesen a la hora de la cena. Trataría de que le dejara ir con ella a su casa y le haría el amor antes de que, tras tomar un sándwich o quizá sólo un vaso de leche y unos bizcochos, se fuera de nuevo con su novio, como había hecho tantas veces.

«Te vas recién follada», le solía decir.

A ella le disgustaban aquellas expresiones, esa manera como le hablaba a veces.

«¿Por qué me hablas así?».

Mostraba una expresión de enojo.

«¿No es cierto que te acuerdas de mí cuando lo estás haciendo con él?».

«Sí. Y no me gusta. Me siento mal».

«¿Y cuando estás conmigo...?».

«No. Contigo no me ocurre nada de eso».

«No tienes la sensación de que me traicionas, de que me eres infiel...».

«A él tampoco le soy infiel. Ya te lo he dicho. Pero me siento mal si pienso en ti cuando estoy con él...».

«¿En la cama?».

«Sí. Sólo en la cama. A veces me despierto. Pienso en ti y...».

«Te masturbas».

«¿Cómo lo sabes?».

Aquella noche, la noche anterior a su muerte, también lo haría con el novio y puede que se masturbara después pensando en él, en su amante. Con algo parecido a un sentimiento de culpa y también de agresividad, de odio, hacia el novio. Puede que también hacia él, su amante.

¿En quién de los dos pensaría en el momento en que la moto derrapara, pocos minutos después de dejar la casa del novio, y un coche le pasara por encima?

«Murió recién follada».

Era un pensamiento que le pasaba a veces por la mente. La imagen de su cuerpo yacente sobre la calzada, con el sexo húmedo aún, restos de semen dentro.

Aquella tarde, el día de su muerte accidental, la estuvo deseando de una manera desesperada. Cuando descolgó el teléfono para llamarla tenía el sexo erecto; se notaba el rostro algo congestionado. Su secretaria estaba a pocos metros de él, sentada ante una pequeña mesa y trabajando en el ordenador. Llevaba un vestido ajustado y corto, que le dejaba ver las piernas casi hasta más de medio muslo. Hubiera podido masturbarse mirándola y ella no se hubiera dado cuenta, o habría percibido sólo algo extraño sin poder imaginarse de lo que se trataba, o sin creer que fuera posible.

Por teléfono, alguien del café, una voz masculina, le dijo que Teresa no había ido a trabajar, que ignoraban por qué motivo. Pensó qué pasaría si nunca más la volviera a ver. El pensamiento se le hizo insoportable. No verla más, no volver definitivamente a acostarse con ella, no amar de nuevo aquel cuerpo, podía ser la muerte. Como la muerte.

Tuvo un deseo compulsivo. Masturbarse y arrojar el semen sobre la moqueta, bajo la mesa, contemplando a su secretaria, al mismo tiempo que ella movía levemente su cuerpo sobre el asiento mientras trabajaba.

«Teresa», murmuró de manera casi inaudible, de manera angustiada.

La secretaria detuvo un momento las manos sobre el teclado del ordenador. Se hizo un silencio total en aquel despacho de la oficina. Ahora la chica tenía las piernas cruzadas; la falda se le había subido un poco más y se le apreciaba la parte alta del panty, de color más intenso que el resto.

Él se desabrochó los botones de la bragueta y sacó el pene de los calzoncillos.

«Qué locura», pensó, casi llegó a murmurar.

La secretaria volvió su rostro y le miró a los ojos. Él sujetaba fuertemente en la mano el pene endurecido. Sostuvo la mirada de la joven.

«¿Se siente bien?», preguntó ella. «¿Quiere un café?».

«Sí, creo que tomaré un café. ¿Quieres traérmelo?».

No volvió a llamar al café donde trabajaba Teresa hasta cerca de las diez de la noche. Seguían sin saber nada de ella. Le habían telefonado a su casa pero había sido inútil. No sabían qué había podido pasarle.

Llamó a Isabel y le dijo que no iría a cenar.

La secretaria hacía un par de horas que se había ido. Sintió deseos de masturbarse imaginando una escena de sexo con ella. Eso mismo había hecho el día que la joven entró a trabajar en la oficina como secretaria particular suya. Después casi había dejado de desearla.

Quizá la muchacha aún era virgen. Ni siquiera debía de tener novio. Nunca le había preguntado nada sobre su vida, menos aún sobre su vida amorosa. «¿Te gusta el sexo?». Nada semejante.

Sonreía imaginando la reacción de ella ante una pregunta así. «¿Follarías por amor... o por dinero?». Tampoco se le ocurrió nunca invitarla a tomar una copa juntos, después del trabajo, como hacían otros ejecutivos de la oficina con las secretarias. Ella debía ignorarlo como hombre. Puede que ignorara la belleza de su propio cuerpo, la capacidad de deseo que podía suscitar como mujer. Se sabría bella, quizá. Desnuda, ante el espejo, podría contemplar cada día la sensualidad de su cuerpo, acariciarlo. Imaginar que un hombre la acariciaba. O ni siquiera llegaba a eso, ni siquiera sabría nada del cuerpo tan deseable que tenía. Lo que un hombre podía desear de ella, de su joven cuerpo.

Cerró el despacho y volvió a desabrocharse la bragueta. En ese momento sonó el teléfono. ¿Teresa?

Era Isabel. Le pedía que volviera a casa en cuanto pudiera. Se sentía mal y quería tenerlo a su lado.

«Eres una enferma imaginaria, Isabel».

«Siempre has dicho que todas las enfermedades... o todos los enfermos, son producto de la imaginación, ¿no?».

«Las mujeres... Las enfermas, vuestras enfermedades. Son imaginarias. Las mujeres... sois imaginarias. Tú eres... un poco imaginaria, para mí».

«¿Qué dices? Sabes que no estoy bien, desde lo del aborto. Nunca he estado bien. Soy débil. Tú... nunca te he visto enfermo».

«Quizá tenga alguna enfermedad... imaginaria. Quizá sea un enfermo».

«No hables así. Necesito que me ayudes».

Le llevó la mano a la frente. No parecía tener fiebre. Estaba más bien fría. Su temperatura siempre estaba algo por debajo de lo normal.

Nelia decía de él que tenía una temperatura tibia, constante, en sus manos y en todo su cuerpo.

«Y tú, tu coño, siempre está caliente. Húmedo y caliente».

Ella asentía: «Cuando pienso en ti».

«Estás algo fría, Isabel. Deberías tomar algo, café con leche, o un coñac».

«Creo que sin ti moriría. Si dejaras de cuidarme, de quererme. Si algún día me dejaras... Moriré; sé que moriré joven y no sé si lamentarás mi muerte, si me echarás en falta. Tendrás otras mujeres. No sé si no las tienes ya».

«Siempre hay otras mujeres. Otras mujeres en el mundo. Sí, el mundo está lleno de ellas».

«Mientras no me dejes...».

«¿Le hablas de esto a tu psiquiatra?».

«¿A él?».

«Siempre pensé... A veces he imaginado que tenías algo con él, que era tu amante, o que al menos os acostabais juntos alguna vez».

«Ninguna mujer lo haría con su médico... con su psiquiatra. Ni siquiera tú y yo hacemos ahora mucho el amor. Eso sí que se lo he dicho a él».

«No me digas su respuesta».

«Ya sabes, te lo he dicho otras veces, que no suele hablar mucho. Tú y yo tampoco hablamos mucho ya de amor, del amor. Ni siquiera sé si aún me amas, o si me deseas alguna vez».

«Tampoco yo sé cuál es mi deseo. A veces deseo morir. Cuanto más amo, más lo deseo».

«¿Serías capaz de hacerme ahora el amor?».

«Estás enferma...».

«Podría morir en tus brazos». Sonrió.

Acercó sus labios a los de Isabel. Los tenía fríos pero húmedos. Sintió inquietud ante aquella belleza pálida, serena, mórbida. Le levantó el camisón y comprobó que no llevaba ropa interior. El pubis, de finos cabellos rubios, se movía levemente, elevándose hacia él. Si el sexo se le pusiera en erección podría penetrarla, hacerla feliz, o sufrir, por un momento.

Sin llegar a desvestirse, se puso sobre su mujer.

«¿Quieres que te haga el amor?».

«Ya me lo estás haciendo».

Tenía el rostro de Nelia a pocos centímetros del suyo. Su fealdad quedaba desdibujada, borrosa, a causa de la proximidad de la mirada. Se preguntó qué hubiera sucedido de haber sido Nelia una mujer bella. Tan bella como Isbel. ¿Podría ser su amante? Si fuera tan bella o más que Isbel... tendría que hacerla su mujer.

—¿Qué miras? Me miras y no dices nada. ¿Sabes que nunca me has dicho nada bonito? Nunca. Pero sé que me quieres. A tu manera, también me amas.

A Nelia le brillaban los ojos. Tenía una extraña belleza en su mirada. Una mirada de deseo.

El deseo que había sentido él por ella nada más verla, sin saberlo, sin confesárselo.

Acercó los labios a la boca entreabierta de la mujer. Ella cerró los ojos y se puso a respirar de manera acelerada. Le rozó los labios. El aliento de la mujer era intenso. Sintió algo de repugnancia. Le rozó la mejilla con los labios y escondió el rostro entre los cabellos de la mujer. Olía a sudor. Un sabor a vómito le llegó a la garganta. Pensó que sería la última vez que lo haría con aquella mujer; la última. El último encuentro con su última amante.

«Me gustan tus ojos, tu boca y el sexo... Me gusta tu coño».

Teresa bajaba la mirada y la dirigía hacia su bajo vientre, como si quisiera ver esa parte de su cuerpo que el hombre mencionaba como una de sus preferencias. «Ya sé que mis ojos son bonitos. Y también los labios, la boca, te pueden gustar. Pero el sexo... No entiendo por qué lo dices».

Le abría las piernas, haciendo que doblara las rodillas, de manera que su vulva quedara visible. Le acariciaba levemente los labios del sexo con la yema del dedo índice.

«Es un sexo pequeño, de trazado casi perfecto. El color es... rosado, como una rosa pálida, mientras que tus muslos son morenos y el bello del pubis color azabache... Es uno de los sexos más bonitos que he visto».

Ella negaba con un rotundo movimiento de la cabeza, sonriendo, algo perpleja. «Nunca me han dicho nada igual. Nadie me había hablado como tú... del sexo».

«¿Te gusta oírmelo decir?».

«No lo sé. Me desconcierta. Yo lo hago por amor... porque te quiero».

«¿Crees que las otras sólo lo hacen por complacer a los hombres... o por dinero?».

«No quería decir eso. Yo... ya sabes que yo no le doy tanta importancia al cuerpo, al sexo...».

«Por eso vas casi siempre sin bragas...».

«¿Por eso?».

Cerró las piernas, apretó los muslos y llevó las

rodillas hacia su pecho. Él le pasó la mano por el muslo hasta alcanzar la curva de la nalga.

«Tu culo...».

«¿También te gusta?».

«¿No te gustaría que te lo hiciera por el culo? Penetrarte con el pene...».

«No, eso no».

Reforzó su negación con el movimiento de su cabeza, esta vez con nerviosismo.

Él volvió a abrirle las piernas y se metió entre ellas.

«Pídeme que te folle... para que se me ponga dura».

«No sé; yo no sé decir esas cosas».

Le clavó los dedos en las nalgas y presionó hasta que él mismo sintió dolor. «Pídemelo».

Teresa inició un movimiento de su cuerpo para darse la vuelta. Él levantó las piernas para facilitar el giro corporal de la mujer.

«Dame por el culo», pidió Teresa.

Nelia aún no se había vestido. Permanecía del todo desnuda. Estaban en la sala; él, sentado en el sofá. La mujer dio unos pasos por la habitación en busca de cigarrillos. Al pasar por delante de él, la mano del hombre le acarició levemente las nalgas.

—Un día me dijiste que te gustaba... que te gustaba mi culo —dijo Nelia, tomando la mano del hombre y reteniéndola entre las nalgas.

—Supongo que me refería al sexo...

—¿El sexo?

—Ya sabes. Los franceses, al sexo le dicen *le cul*, el culo.

—¿Te gusta mi sexo?

—Y también tu culo.

Nelia soltó la mano del hombre y se sentó en el sofá, junto a él.

—Dime, ¿qué os pasa a los hombres con el culo? Cuando os gusta una mujer, ¿por qué... por qué decís que os lleva de culo?

Él sonrió. Sus ojos brillaron.

—Será porque vamos tras ella, detrás de su culo.

—Qué cosas dices.

—Es lo mismo que le respondí a otra mujer que me preguntó lo mismo.

—¿Lo mismo que yo?

—Algo parecido. Me preguntaba por qué a los hombres nos gustaba meter mano al culo de las mujeres.

—Es una manera de meter mano al sexo, ¿no? Es eso lo que quieres decir, ¿no es así?

—Las mujeres sois un culo. Un gran culo. — Hizo un gesto de exageración con la mano, para subrayar el tono de broma con el que había hablado—. Me lo comentaba un día un camarero, uno que trabajaba tras la barra de un bar. La manera como mejor podía contemplar a las mujeres era por detrás, cuando salían del bar. Les miraba el culo. Valoraba sus culos, los comparaba. Las reconocía por el culo. Las mujeres, para él, acabaron por no ser más que culos. Todas, un gran culo.

—Y cuando las tenía ante él, en la barra, cara a cara, ¿cómo las veía?

—No se atrevía a mirarlas. Digamos que era el rostro humano del culo. La parte del alma. No se puede soportar mirar directamente el alma.

—¿Tú eres que yo tengo alma? —Nelia sonrió, se le iluminó el rostro.

—Sí. Tienes rostro.

—¿Te gusto?

—Ya lo sabes. Eres fea y me gustas.

«Es lo que me gusta de ti», iba a añadir. Se puso de pie, sin llegar a decir nada. Miró directamente al rostro de su amante. Había algo de belleza en aquellos ojos, en la sonrisa, en los labios húmedos y temblorosos. Belleza en su misma fealdad. La observó atentamente. La mujer parecía pedirle algo con la mirada, en la expresión de su rostro.

¿Qué le pedía? ¿Una manifestación de amor? ¿Una palabra bella? ¿Qué podía decirle? ¿Qué la quería, que había ido enamorándose de ella día tras día, haciendo de su fealdad un motivo de deseo?

Le llevó las manos al rostro y se lo acarició con la yema de los pulgares. Estaba ante ella, de pie, vestido ya y deseando marcharse. No habían

hecho el amor, esa tarde. Él lo había evitado. Sentados juntos en el sofá, habían hablado de vaguedades, cuando no permanecían en silencio, sin mirarse, acariciándole él el cuello y los hombros, sin apenas rozar su cuerpo para no excitarla, para no inducirla a que hicieran el amor. Seguro que ella lo deseaba. Había ido quitándose pieza a pieza la ropa hasta quedar desnuda. Desnuda para él, para que acariciara su cuerpo, si lo deseaba; para que le hiciera el amor, si era eso lo que quería. Ella siempre sentía deseos de hacer el amor con él.

«Me excito nada más verte. Sólo con saber que vas a venir ya estoy excitada», le decía.

Y no tenía por qué mentir. Él no le pedía que dijera nada parecido. Incluso procuraba evitar que ella pronunciara esa clase de palabras.

Ahora a ella le temblaban los labios. Los ojos le brillaban. Estaba sentada en el sofá, desnuda, con el rostro a la altura del bajo vientre del hombre. Él permanecía vestido; sólo se había quitado la americana, que aún no se había vuelto a poner. Si se arrimara un poco más a su rostro, ella le buscaría el sexo, le sacaría el pene de la bragueta...

Los ojos de Nelia se humedecieron.

—Ya quieres irte, ¿verdad?

En la voz de la mujer había dolor, sentimiento de lo irremediable, un tono de angustia, quizá también un reproche amargo.

—Tendré que hacerlo, Nelia.

—Siempre te vas. Es una de las imágenes que tengo de ti. Tú marchándote. Veo tus hombros y el

cabello de la nuca. Me da mucha tristeza.

—Alguna vez tenemos que marcharnos, Nelia. Siempre acabamos por irnos.

—Siempre eres tú quien se va. —La voz de Nelia se endureció repentinamente—. Eres tú quien te marchas.

—Es una forma de morir, ¿sabes?

—¿Marcharse? —En sus ojos estaban a punto de brotar lágrimas.

Se sintió excitado. La erección del pene presionó contra los calzoncillos y contra la bragueta cerrada de los pantalones. Deseó que la mujer la abriera, que le cogiera el pene y se lo llevara a los labios. Deseó eyacularle en la boca. Vaciarle en ella. Saciar aquel deseo para no tener que volver a empezar de nuevo otro día.

—¿Volverás?

—Si no me he muerto, sí.

—Siempre estás hablando de morirte. A veces me asustas. Nunca sé si te volveré a ver. Y no es que crea que vayas a matarte... ni a abandonarme. Pero es como... —Nelia titubeó—. Es... es como...

—Como después de hacer el amor.

—Me parece que es eso.

Tenía que volver a casa. La angustia se le agolpó en la garganta. Ese nudo que a veces le ahogaba. La saliva con sabor a vómito. Trató de escupir. Le dolía la garganta; la tenía seca y rasposa, irritada. La angustia le llegaba desde la boca del estómago en forma de espesa saliva que le costaba escupir. El estómago le dolía.

Isbel estaría esperándole en casa. Tendida en el diván, leyendo un libro, escuchando música. Quizá dejando vagar el pensamiento. ¿Pensaba en él? ¿En su psiquiatra? Puede que en otros hombres. Nunca se habían dicho «¿en qué piensas?». Apenas hablaban ya de ellos mismos, de ella y de él. Se miraban a los ojos y la mirada de ella parecía limpia, alegre, despreocupada. Su propia mirada, por contra, siempre tuvo un punto sombrío, de tristeza. Ella le decía que ese era uno de sus encantos. La sombra de tristeza que reflejaban sus ojos.

«La mirada cansada de contemplar tantos ojos femeninos». Eran sus propias palabras. Lo que él le decía a algunas mujeres. «Tengo la mirada triste de quien no hace más que contemplar a las mujeres».

Ellas eran quienes le devolvían esa tristeza, ese cansancio, de su propia mirada.

Isbel le esperaba reclinada en el diván. Le sonrió. Dejó caer suavemente el libro que leía sobre los muslos. Vestía una bata azul pastel, casi transparente. Parecía relajada, serena y ligeramente cansada, igual que se mostraba después de hacer el amor con él.

—Estaba adormeciéndome —dijo dulcemente, apenas en un murmullo.

—No he podido llegar antes. La circulación estaba imposible —mintió él.

Ella no le había preguntado por su tardanza, ni siquiera parecía extrañada o impaciente.

—Ven. Siéntate conmigo un momento —le pidió en ese tono siempre dulce, y con la mano izquierda le señaló una parte del diván, justo a su lado.

Él aún permanecía de pie, indeciso. Hizo el gesto de quitarse la americana, pero desistió. Se acercó a su mujer y se sentó a su lado, rozándole apenas el muslo con la rodilla.

Ella le miraba a los ojos. Un interrogante en su mirada. ¿Iba a preguntarle si la quería? Podía contestar «sí», que era como no responder nada. O le preguntaría si aún la encontraba bella.

«Lo eres, Isbel», pensó. «Eres tan bella...».

Recorrió con la mirada todos los puntos del rostro de su mujer. Era un juego que solían hacer, que iniciaron al poco de conocerse. Dirigía su mirada a un punto concreto, los ojos, los labios, la barbilla... recorriéndole todo el rostro. Le iba diciendo lo que le gustaba de ella, describiéndole

cada una de las pequeñas partes de su bello rostro. Isabel, la belleza; la dulce, algo empalagosa belleza de su mujer. Casi la perfección.

Todas sus amantes eran de una belleza imperfecta. Teresa y su voz demasiado aguda; su mandíbula ancha, masculina. Nelia y su extrema fealdad. Había habido otras. Todas más o menos imperfectas.

—Cuánto tiempo hacía que no me mirabas de esa manera... —exclamó, casi en un susurro, Isabel.

—Hace mucho tiempo de todo.

—¿Te acuerdas de cuando hacíamos el amor en este diván?

—Lo hacíamos por toda la casa. Incluso en la terraza, en verano. Y en el coche. Una vez, en un portal, de noche...

—¿En un portal?

Llevó la mano a la rodilla de la mujer. No era Isabel la mujer a la que había hecho el amor en un portal. Acercó sus labios al rostro de su mujer; ella, sin violencia, rehuyó el beso, lo dejó en suspenso.

—Cuéntame lo de aquella noche en el portal.

—¿Qué quieres saber?

—Ya sabes que siempre me gustó que me hablaras de nuestros momentos de amor, de lo que hacíamos o querías que hiciésemos. Me resulta excitante, ¿sabes? Dime. ¿Lo recuerdas?

—No eras tú aquella mujer.

—Ya lo sé. Cuéntame lo que pasó. Dime.

Algunas imágenes de aquella lejana escena le llegaron a la mente.

Se vio arrastrando a la mujer dentro de aquel oscuro portal; levantándole las faldas y haciendo que se abriera de piernas; los gritos ahogados de la

mujer, sus brazos colgándosele al cuello; un hilo de voz pidiéndole que la follara rápido, que tenía miedo. Que sentía placer y miedo. Llevaba medias hasta más de medio muslo y unas bragas de encaje que él le rompió para introducirle el miembro viril de un solo golpe en la vagina. Iban besándose por la calle, después de haberse conocido casualmente en una reunión de trabajo. Pensaban ir a cenar y después a un hotel, donde se hospedaba ella por esa noche; pero nada más encontrarse a solas en la calle empezaron con los besos y a palparse mutuamente entre las piernas. A ella le gustaba tocar el sexo masculino y que la penetraran, le dijo. En uno de sus impetuosos abrazos, encontraron aquel portal abierto. Él la empujó dentro y ella se dejó llevar contra la pared. Ella misma le abrió la bragueta de los pantalones y le sacó el pene erecto. Él le levantó las faldas y le rompió las bragas. La mujer emitió un gemido doloroso y placentero aun antes de que la penetrara. Le pidió que se apresurara. Que se la metiera enseguida. Que le diera fuerte. Después de que eyaculara de manera violenta, convulsiva, dentro de la mujer, ella se echó a llorar y le pidió que la llevara al hotel.

—¿Pasaste la noche con ella?

—Sí. En la habitación del hotel —mintió él.

La mujer, después de que la acompañara al hotel, pidió que la dejara sola. Se verían en otra ocasión, le prometió. Él sabía que eso no volvería a producirse nunca. No volverían a tener más encuentros como aquel, juntos. Nunca más podrían repetir una escena como aquella del

portal. Él se preguntó, de retorno a casa, donde no le esperaba Isbel, porque aún no se conocían, se preguntó qué haría la mujer con aquellas bragas rotas; la pieza de ropa interior que era el testimonio de aquel acto sexual en el portal, de aquella noche en una ciudad desconocida para ella en la que había tenido una fugaz historia de amor con un hombre desconocido, a quien no volvería a ver.

—¿Fue una historia de amor?

—Un encuentro... Algo que no podía volverse a repetir. El amor..., quiero decir, los momentos de amor, sexuales, son irrepetibles. —Emitió una breve carcajada—. No se puede hacer el amor dos veces en un portal, al menos no en el mismo portal y con la misma mujer.

Isbel se dejó caer en el sofá, la cabeza sobre los muslos del hombre.

—¿Te gustaría que hiciéramos el amor?

—¿Ahora?

—Conmigo.

Sonó el teléfono. Isbel, con un movimiento brusco de todo su cuerpo, se puso en pie y se dirigió al supletorio que estaba sobre la mesita de la sala. Contestó al teléfono. Se volvió hacia su marido, que aún permanecía sentado en el sofá, y le dijo:

—Es mi madre.

Él se levantó. Se acercó a su mujer y le acarició levemente los cabellos. Se sonrieron. Él hizo un gesto de despedida con la mano; una leve indicación de que se marchaba y de que volvería pronto. Que le esperara. Ella le vio marcharse con

un leve gesto de sorpresa en el rostro.

Arrancó el coche y se dirigió a casa de Nelia. Quería... follar con ella. Sin mayor dilación, sin espera; que le abriera la puerta, quitarle sólo algo de la ropa que llevara, la falda, o únicamente las bragas. Quería hacérselo allí mismo, en el recibidor, nada más le abriera la puerta, sin mediar palabra alguna.

Tocó el timbre y al cabo de unos segundos se escuchó por el interfono la voz de la mujer.

—¿Nelia? Soy yo. Quería... quiero verte.

—¿Verme? No te esperaba. No podía imaginar que fueses tú, no creí que volvieras...

—Ábreme.

—Voy. Espérame. Ahora bajo yo.

Se cortó la comunicación del interfono. Esperó, desconcertado, que Nelia apareciese en el portal. Aún podía marcharse. Dejarlo estar. Abandonar aquella locura. Tocar de nuevo el timbre y decirle a Nelia que se olvide, que no quiere nada. Ha sido una estupidez haber ido hasta allí. Se verán otro día, o quizá nunca. Se llevó la mano al estómago. Un imaginario dolor le atormentaba. Ni siquiera deseaba a Nelia. Isabel aún estaría con su llamada telefónica. Si volviera con ella... le haría el amor. Amar el débil, frágil cuerpo de su mujer. Su belleza difícil de soportar...

Nelia apareció al fondo del portal, por la parte donde estaba la escalera. No había utilizado el ascensor para bajar, nunca lo hacía, y no obstante le sorprendió su aparición de esa manera, al pie de la escalera. Primero vio un cuerpo de mujer. Las piernas desnudas, la orilla de la falda por encima de la rodilla. La curva del vientre, el realce de los pechos... Podía ser una mujer... deseable.

Cualquier desconocida que bajaba en ese momento la escalera.

Era Nelia. Reconoció su rostro en la penumbra del portal. Un cuerpo que él conocía, que gozaba, desnudo. Esa mujer que aparecía en aquel portal era su amante. Podía tocarla, abrazarla, meter la mano entre sus piernas, quitarle las bragas... Como ya no se atrevía a hacer con Isbel. Como no se atrevía a hacer con otras.

Podía haber abrazado a su mujer, por detrás, cogiéndola por la cintura, besarla en la nuca, los hombros, levantarle la bata azul pastel y, después de hacer que se reclinara un poco, meterle el pene entre los muslos, introducirse en la vulva, mientras ella seguía hablando por teléfono.

Nelia entreabrió la puerta del patio.

—¿Qué ha sucedido?

—No debería haber venido...

—Yo no he dicho eso.

—¿Puedo entrar? —pidió él.

—¿A casa?

Empujó la pesada puerta metálica acristalada. Nelia se hizo un poco para atrás y dejó el espacio justo para que él entrara. La luz se apagó.

—La luz —dijo ella—. Voy a darle al interruptor.

Él la cogió de las manos, por las muñecas; la retuvo con violencia.

—Bésame —le pidió, como una orden, con un dejo suplicante en el fondo.

—Aquí no... —emitió ella débilmente, en un ruego desesperado—. Por favor, no. Aquí no. Eso no.

—En la boca, digo que me beses en la boca.

La luz volvió a encenderse y se oyó el sonido del ascensor que se ponía en marcha. Alguien bajaba y no tardaría en estar en el patio.

—¿Qué quieres que hagamos? Dime... ¿Qué hacemos? No sé qué quieres... ¿Sólo quieres que te bese? ¿Es eso?

Él le soltó las muñecas y fue a dar un paso hacia atrás. Ella le echó los brazos al cuello.

—No sé qué es lo que quieres... No sé... —Lloraba—. Nunca he sabido lo que querías de mí.

Lloraba. Gemidos ahogados. Temblorosa. Su rostro descompuesto. El horror dibujado en su rostro.

Él la rodeó con sus brazos. El cuerpo de Nelia temblaba entre los brazos del hombre. Era un cuerpo débil, y pesaba, se iba hundiendo. La abrazaba con fuerza, clavando sus dedos en la carne blanda de los costados de la mujer.

El ascensor se detuvo en la planta baja. Él ocultó el rostro entre la cabeza y el hombro de Nelia. Unos pasos rápidos sonaron a su espalda. La puerta metálica acristalada se abrió y se cerró de nuevo en unos segundos. La luz del patio volvió a apagarse.

—Márchate. Dime de verdad lo que quieres o márchate. —Nelia había dejado de llorar. Ahora le hablaba con dureza, con un deje de angustia en la voz. O con expresión de miedo, puede que de odio. Agresiva. Había recuperado algo de entereza. Su cuerpo se endurecía, adquiría rigidez.

Él dio unos pasos atrás. El cuerpo, el rostro de su amante, apenas se distinguían en la oscuridad. Había belleza en aquel momento; aquella mujer suplicante, estremecida por algún dolor impreciso, que ignoraba los deseos del hombre, no los entendía. Una mujer que temblaba. Nelia, en toda su fealdad femenina. Deseable y repelente.

Abrió la puerta con algún esfuerzo.

—Nelia, Nelia... —dijo, como un adiós.

Puso la primera marcha, aceleró sin apenas soltar el embrague y cuando lo hizo el coche salió de estampida. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto.

Al doblar por la primera esquina divisó casi en medio de la calle un obstáculo, un objeto que le impedía el paso. Era una especie de carrito como los que se utilizan en los supermercados. Había alguien dentro de él, posiblemente un niño. Desvió el coche hacia la izquierda; la parte trasera del automóvil golpeó contra algo duro y metálico. Un contenedor de basura.

Se oyó un grito. Una voz de mujer dijo algo, gritando, repetidamente. Por el espejo retrovisor pudo ver que el carrito con el niño permanecía en el mismo sitio. El contenedor estaba volcado. En tierra, incorporándose en ese momento, una mujer gritaba hacia el coche; en la mano blandía algo que podía ser un palo.

Aceleró, cambió a una marcha más larga, se saltó un semáforo en rojo y dobló por la primera calle que pudo a la izquierda.

No sabía hacia dónde se dirigía. El reloj electrónico del coche marcaba las 23:45.

Isbel ya debía de estar acostada, puede que dormida. Teresa estaba muerta. Nelia quizá permanecía aún en el portal de su casa esperando que él volviera...

Le parecía seguir viendo a la mujer que le

increpaba junto al contenedor de basura. Nelia, pidiéndole que se marchara. Isbel, con el teléfono en la mano, viéndole marchar con expresión de desconcierto. Teresa, corriendo en su moto, marchando hacia su muerte...

Hubiera deseado ver el cadáver de Teresa. Podía haber matado, con sólo subir el coche por la acera, a aquella joven mujer a la que bañó con agua de un charco una noche de lluvia.

Accidentalmente, podía haberle producido la muerte también a la mujer del contenedor de basura.

Le vino a la mente el recuerdo de una vez que derrapó con el coche circulando por una carretera. Viajaba con otra mujer. Frenó de repente, en vez de reducir la marcha, al encontrarse inesperadamente un cambio de rasante y una curva. El coche derrapó y dio un giro completo sobre las cuatro ruedas. Entonces se detuvo en seco. Vio el rostro horrorizado de la mujer; los ojos muy abiertos, tratando de emitir un grito que no llegó a producirse. El coche se había detenido en la otra vía de la carretera en sentido contrario al que circulaban hasta el momento de derrapar. La mujer se puso a reír. Reía y le brotaban lágrimas en los ojos.

La risa de la mujer le acompañó todo el viaje de vuelta. Y también le acompañaba esa sensación de que en un momento podía haber perdido la vida junto a su compañera de viaje, la que entonces era su amante.

Había llegado al edificio donde vivía con Isbel. Las luces de las habitaciones del piso que daban al

exterior estaban todas apagadas. Metió el coche en el garaje y se quedó dentro del automóvil después de apagar el motor. El garaje estaba completamente desierto. Ni siquiera se veía al guardia de seguridad.

Reclinó el respaldo del asiento hacia atrás. Imaginaba que su joven secretaria estaba junto a él en ese momento, a su lado, en el asiento del coche. La besaba y le metía la mano entre las piernas, bajo una falda muy corta, como las que solía llevar la chica en la oficina. Ella se dejaba hacer, de manera pasiva.

Con ese imaginario se masturbó hasta eyacular en un pañuelito de papel que se puso en la mano izquierda.

—Alguien te ha llamado por teléfono hace un rato. Era una mujer. —Isbel estaba medio dormida. Le hablaba con los ojos entrecerrados y la voz algo temblorosa—. No ha querido darme su nombre, aunque se lo he preguntado.

Temió que le preguntara si él sabía quién era esa mujer, si imaginaba de quién pudiera tratarse, si sería su amante, si era una mujer bella...

Isbel volvió a cerrar los ojos. Estaba otra vez dormida. En la mesita de noche, junto a su parte del lecho, había una caja de somníferos. No solía tomarlos ya casi nunca; los tenía allí sólo por si los necesitaba y por tener la seguridad de que no le faltaban. Quizás había tomado alguno aquella noche. Más de uno probablemente. Estaba sumida en un sueño muy profundo.

Hubiera querido dormir junto a ella; llorar abrazado a su mujer; tomarse todos aquellos somníferos...

Fue al cuarto de baño y orinó largamente, con

un pequeño dolor en la vejiga a causa del largo tiempo que había retenido la orina.

Si era Nelia quien había llamado por teléfono aquello podía ser el principio de una pesadilla. Podía ser también el final de su historia de amor, su historia como amantes. Algún día tenía que suceder, sí. Su fea amante le llamaba a media noche a casa...

«No, Isbel, mi amante no es una mujer bella».

Expulsó las últimas gotas de orina con un estremecimiento de todo su cuerpo, como cuando había eyaculado dentro del coche mientras estaba en el garaje.

«Nunca he amado a una mujer bella; ninguna tan bella como tú, Isbel». La perfecta belleza de Isbel. Casi imposible. Algo mortal. Doloroso.

Una arcada de vómito le llegó a la garganta. Inclino la cabeza sobre la taza del inodoro. Sólo pudo escupir dolorosamente una saliva espesa y agria. «Si me tomara esos malditos somníferos y me durmiera a tu lado, Isbel; muerto junto a tu cuerpo...».

Despertó de un sueño que, de momento, no pudo recordar por completo. Sólo le venían a la memoria algunas imágenes inconexas.

Se notó el cuerpo sudado. Había sido una noche agitada. Recordaba que antes de acostarse bebió algo, *bourbon*, dos o tres copas, y se tomó también algún somnífero. Había dormido mal, muy excitado, con breves sueños de los que despertaba inmediatamente y tras los cuales volvía a caer en un sueño profundo, pesado. Creía recordar, sí, que en el último de esos sueños aparecía Teresa, viva, pidiéndole algo, suplicando, llorosa y angustiada.

La casa estaba en completo silencio. Miró el reloj electrónico que tenía sobre la mesita de noche. 10:45. Era por la mañana. Hacía dos horas que tenía que haberse levantado. El despertador no había sonado, o no lo había oído a causa de la profundidad del sueño. Intentó llamar a Isbel. Tenía la garganta inflamada, la boca seca y pastosa. Era un miércoles y debía haber estado a primera hora de la mañana en la oficina.

Sonó el timbre del teléfono. Hizo un esfuerzo por levantarse. Pronunció débilmente el nombre de su mujer:

—Isbel.

El teléfono dejó de sonar. No había nadie en la casa. Aquella llamada telefónica no debía ir dirigida a nadie. A menos que su secretaria estuviera tratando de localizarlo.

Empezó a llenar la bañera de agua caliente. El

día ya estaba perdido. Todo empezaba a perderse. Isabel no se encontraba en la casa porque debía estar con el psiquiatra; su sesión de los miércoles por la mañana.

Sintió frío, desnudo como iba; se sentía sucio y débil. Y torpe. Enfermo. Apenas recordaba nada de la noche anterior. Forzó su mente. La memoria. La visita a casa de Nelia, de cuyo portal no llegó a pasar; su huida con el coche, el accidente con el contenedor de basuras. Aquella mujer gritando. Una llamada telefónica de una mujer que no quiso decirle a Isabel quién era. Esa llamada telefónica que acababa de sonar, interrumpida al primer timbrado. ¿Sería de la misma mujer que la noche anterior? ¿Nelia, quizá?

Se metió en la bañera y al cabo de un momento se quedó medio adormecido. Un breve sueño le devolvió la imagen de Teresa. Se besaba con otro hombre y él les miraba, a medias escondido, con miedo y culpa. Al final, ella le pedía algo y él se lo negaba. Era el mismo sueño, o el recuerdo del anterior.

Abrió los ojos y vio ante sí el agua que cubría su cuerpo en la bañera. Hundido, hasta el cuello, con el agua casi a flor de su boca. Si esa noche veía a Nelia, esta tendría que explicarle por qué le había hecho aquella absurda llamada telefónica la noche anterior. Todo empezaba a ser una locura. Su vida se hundía, peligraba, rozaba la muerte. Todo por hacer el amor de vez en cuando con una mujer, con una amante que además era decididamente fea.

No había desayunado. Ni sabía cómo prepararse un café, ni dónde podía estar la cafetera o si por la casa había sobrecitos de café

soluble. La asistenta no iba todos los días y aquel debía de ser uno de sus días libres. Se tomó un vaso de agua y le encontró un gusto agrio; el sabor que tenía prendido él mismo en el estómago y en el paladar. Un sabor que le recordó los besos de Nelia.

Cogió el teléfono inalámbrico de la cocina y marcó un número. El número de teléfono de Nelia. Sabía que no contestaría, que a esas horas ella no estaba en su casa. Nelia trabajaba toda la mañana y llegaba a casa pasadas las tres de la tarde. El teléfono sonó varias veces. Estaba a punto de colgar cuando le pareció oír una voz; una débil voz de mujer que contestaba.

—¿Sí?

—¿Nelia? —preguntó, sorprendido al oír la voz de la mujer y sintiéndose súbitamente arrepentido de haber hecho la llamada.

—Sí... —El hilo de voz era ahora afirmativo, aunque tembloroso y dubitativo.

Por un momento estuvo tentado de cortar la comunicación sin decir nada.

—Soy yo... Quería verte. Esta mañana... Quisiera verte esta misma mañana —dijo, sintiéndose la voz insegura, dudando de sus propias palabras; su propia voz le sonaba lejana, extraña, ajena.

—No. No puedo —el hilo de voz intentaba ser firme, se esforzaba por asegurar lo que decía.

—Estás en casa, ¿no? Puedo ir ahora...

—No, no. Estoy enferma —dijo Nelia en tono más alto. Su voz sonó compungida.

—¿Enferma? ¿De qué?

—Me he tomado unas pastillas... y estoy medio dormida. No puedo... no puedo más. Anoche me sentí mal. Creí que me moría. Empecé a vomitar, sin sentido, sin causa real. No tenía nada en el

estómago. Me sentí mal cuando te fuiste... Quizá todo empezó cuando te vi..., cuando viniste por la noche. En el patio...

La interrumpió:

—¿Sabes que estuve a punto de matarme?

—¿Matarte? ¿Por qué?, ¿por mí? —preguntó ella, alzando la voz, con ansiedad.

—Tuve un accidente... con el coche. En cierto modo lo provoqué yo... Pude haber atropellado a alguien... Pude haber matado a una mujer...

—¿Otra vez?

—Esta vez pudo haber sido de verdad. Podía haber matado a alguien... accidentalmente.

—Creo que no es tan fácil morir... Yo lo he intentado alguna vez... No, no es nada fácil...

Hubo un breve silencio. Después, sin convencimiento, él preguntó:

—No te habrás tomado nada que pueda hacerte daño... No habrás intentado...

—No, no esta vez. Ahora sólo quiero dormir, descansar, salir de esto... Dormir y despertar de la pesadilla... de la pesadilla que estoy viviendo. Sólo quiero dormir... dormir de verdad.

—Iré a verte, ahora.

—No. No puedo. No puedo verte. No quiero que me veas. No podría; después de lo de anoche, no.

—Anoche... anoche fui a verte; eso es todo. Quería estar contigo, verte.

—Me sentí mal. Ya te lo he dicho. Ahora... ahora estoy enferma.

—Te deseo.

—No, no lo hagas.

Se hizo de nuevo un silencio. Luego se cortó la comunicación.

Aún tenía el inalámbrico en la mano. Continuaba por completo desnudo. Le temblaban

las piernas y se sintió el estómago encogido. Una punzada de dolor.

En el revistero tenía una guía del ocio. Contenía nombres, falsos, por supuesto, y números de mujeres a las que podía telefonar y pedir que fueran a acostarse con él. Vanessa, Barby, Rubí... Podía fornicar con ellas en la cama donde dormía con Isbel, donde a veces aún hacía el amor con ella. O pedirle a una que le hiciera algún otro servicio, un «francés», allí mismo, en casa, en la sala, o en su despacho particular.

Empezó a dolerle seriamente el estómago. Una cita a ciegas, con una *call-girl*, podía llevarle a encontrarse con una mujer desconocida, a poseerla. Quizás una mujer joven, hermosa, de rasgos duros; un cuerpo castigado por el amor. Una mujer que hablara poco, o a la que podría hacer callar con sólo pedírselo. Una mujer que no dejaría ninguna marca en su vida... a no ser un contagio venéreo... Sida... La muerte como resultado de un encuentro ciego de amor.

Hay quien muere por amor, o a causa del amor. Nadie piensa que puede contraer una enfermedad venérea, menos aún mortal. Nadie piensa tampoco que va a enamorarse cuando hace por primera vez el amor con alguien.

Nunca se le ocurrió pensar que podía vivir una historia de amor con aquella mujer fea de veras cuando la conoció en un bar. Ni se le ocurrió pensar que podía llegar a tener alguna infección en su cuerpo, en el sexo. Nunca la había tenido. No tomaba más precauciones que las necesarias para que ellas no se quedaran embarazadas. Nunca utilizaba preservativos.

Tenía frío y sentía al mismo tiempo una sensación febril en todo su cuerpo. Se metió de nuevo en la cama. Aún tenía el cuerpo algo húmedo por el baño. Además, empezaba a sudar. Si cerraba los ojos volvería a soñar con Teresa... Las pesadillas volverían a su mente dormida.

Tuvo la sensación de tener un cadáver junto a él en el lecho. Un cuerpo femenino desnudo y muerto. Se palpó el pene; lo tenía medio erecto. La angustia le atenazaba la garganta. Le dolían los ojos. Si pudiera dormir..., tener a Teresa en su sueño. Soñar con un cadáver. Tener a Nelia junto a él, en la cama; abrazar su cuerpo, hacerle el amor... sobre la huella del cuerpo de Isabel.

Empezó a dormirse.

Cuando despertó, Isabel estaba a su lado.

—Has dormido todo el día. Ahora ya es de noche. —Le puso la mano en la frente un momento—. Estabas muy nervioso y te pusimos una inyección de Nembutal. Si quieres, puedes tomar algo. Un zumo de frutas, un tazón de leche...

El rostro de Isabel se vislumbraba como una imagen borrosa en la penumbra de la habitación. Los ojos le brillaban por el reflejo de una pequeña luz encendida en el vestidor. Sonreía, con un leve temblor en los labios.

Fue a decir algo. Estuvo a punto de pronunciar el nombre de Nelia.

—¿Qué... qué me ha sucedido?

—Son cosas que suceden. Tú también puedes estar enfermo alguna vez. —La voz de Isabel era tranquilizadora, mesurada, como si calculase lo que le decía—. Tenías algo de fiebre. Debes de haberte enfriado... Y estabas muy nervioso. Ahora ya ha pasado todo. El Nembutal que te hemos puesto te hará dormir durante unas horas.

Isbel le pasó la palma de la mano por la frente. Salió de la habitación diciéndole algo así como que volvería en un momento.

Se oían voces, murmullos, que provenían de la sala. Había alguien con Isbel. Debía de ser un médico, el que le había inyectado el Nembutal. O quizás el psiquiatra de Isbel. ¿A quién podía acudir Isbel en un caso así, cuando su marido parecía rozar la muerte, intoxicado, desnudo en el

lecho, con fiebre, quizá delirando? No estaba seguro de haber tenido algún sueño. Si había soñado, en voz alta, el nombre de Nelia podía haber sonado en aquella habitación. ¿Le preguntaría Isbel a quién pertenecía ese nombre y si se trataba de una mujer bella?

Nelia también habría pasado el día metida en la cama, deprimida, enferma. Hasta en eso se parecían, ese día.

«Dos amantes enfermos por una noche que no hicieron el amor...», pensó, y sonrió con dolor.

Nada de la perfecta belleza de Isbel parecía habersele contagiado a él. «La pureza, la perfección, la belleza... no son contagiosas», se dijo, llegó a murmurar en el momento que Isbel volvía a entrar en la habitación. «Sólo las enfermedades y la fealdad lo son», dijo para sí mismo, ahora inaudible.

Isbel llevaba una bandeja con un tazón humeante y unos bizcochos. La dejó sobre la mesita de noche.

—Tómate esto y, luego, duerme un poco más. Duerme todo lo que puedas. Verás como te sentará bien —hizo un movimiento, nada brusco, hacia la puerta.

Un gesto de huida, entendió él.

—Espera, Isbel, no te vayas aún —le pidió.

Isbel se detuvo inmediatamente, a dos pasos de la cama donde yacía su marido. Parecía tener el oído atento a otra parte de la casa.

—Dime —le dijo.

—Sólo quería verte... Verte un momento antes de que me dejaras...

—No te dejaré. Duerme tranquilo.

Nelia no contestaba al teléfono. Puede que lo hubiera desconectado; daba la señal pero nunca descolgaban. La llamaba varias veces al día, a diferentes horas, incluso por la noche. La imaginaba junto al aparato telefónico, la mano a punto de cogerlo, indecisa en contestar, reprimiéndose el deseo de hacerlo.

En su deseo por ella, algunas veces rememoraba escenas de amor vividas juntos; imaginaba también otras que le gustaría vivir con ella.

El sonido del timbre del teléfono a través del auricular que él utilizaba para llamarla le desesperaba, le producía dolor. Pensó más de una vez en ir a verla a su casa; un extraño temor, culpable, se lo impedía.

Si estaba muerta, su cadáver frío en la casa... Si se había suicidado...

Al cabo de unos días, pasó con el coche por delante del portal donde ella vivía. No se atrevió a tocar el timbre del interfono. Pensó en dejarle una nota por debajo de la puerta de su piso; una tarjeta impresa con su nombre y un breve saludo, o sólo un interrogante trazado con el bolígrafo.

Lo hizo así. Cuando estuvo de nuevo en la calle se arrepintió de lo que había hecho y volvió a sentir temor y desesperación. Estaba completamente seguro de que Nelia se encontraba muerta, yacente en el suelo de alguna habitación

de la casa; en la cama, en el sofá, quizás en el lavabo. Una sobredosis de somníferos y había acabado con su vida. Había acabado también con su relación de amantes. De nuevo el final de un amor, de su relación con una mujer, llegaba con la muerte.

Teresa tuvo el accidente mortal apenas unos pocos días después de romper la relación amorosa con él. Pudo haberla matado él mismo la noche que la siguió con esa intención.

Él podía haberse matado la noche del portal, cuando fue a ver a Nelia y ella, por algo que él nunca supo, no quiso dejar que subiera a su casa, que hicieran el amor. Y ahora ella moría de aquella manera.

La tarjeta impresa con su nombre, con el interrogante dibujado a bolígrafo, estaba bajo la puerta. Cualquiera que entrara a la casa, y alguien tenía que entrar alguna vez, la descubriría y sabrían que él había estado allí. El amante de aquella mujer tan fea que vivía en aquel piso. Le pareció absurdo, ridículo, incluso cómico. El asesino que deja sus señas después del crimen; la huella inconsciente, vagamente premeditada, del criminal.

Después de todo, cada día se suicidaba alguna mujer en aquella ciudad. Por amor o por desesperación, por culpa de un amante o a causa de la soledad. Crímenes por pasión o porque no queda ya ni rastro de ella. Cada día aparecen cadáveres de los que se ignora la causa final por la que han llegado a ese trágico punto. Cada día se mataba alguien en algún accidente de circulación, en coche o en moto. O moría gente enferma de sida, a causa de una sobredosis de droga, o por el

navajazo de un delincuente...

La secretaria le miró con sorpresa cuando le vio entrar en el despacho. Hablaba por teléfono y colgó el auricular casi enseguida, con unos monosílabos susurrados de despedida. Insinuó una sonrisa y se puso a teclear de inmediato en el ordenador.

—El director ha preguntado por usted. Ya se ha marchado, hace más de una hora —le dijo, sin despegar la mirada de la pantalla del ordenador.

Él se acercó a la chica. Ese día vestía de negro, muy corta y ajustada también, con medias igualmente negras, posiblemente era un panty.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Silvia. Ya lo sabía usted, ¿no?

—Quería oírtelo decir. Apenas te oigo hablarme nunca. No sé nada de ti.

—No hablo mucho... en el trabajo.

La chica trató de mostrar una sonrisa en su inexpresivo rostro de pequeños rasgos.

—Son más de las siete. Deberías haberte marchado ya, ¿no?

—Ahora me iré, si quiere.

—No. No quiero que te vayas.

Cogió una silla y se sentó junto a la chica, frente a ella. Ella tenía las piernas cruzadas, una encima de la otra. Él le puso la mano sobre el muslo. Ella dirigió la mirada a la mano del hombre. No manifestó desagrado alguno, ni sorpresa; tampoco rechazo. Con el dedo pulgar, él acarició una sola vez el nailon que cubría la desnudez del muslo, casi a la altura de la orilla del

vestido, presionando con alguna intensidad.

—¿Por qué llevas gafas? Estarías mejor con lentillas, más guapa, sin duda.

—No puedo llevar lentillas. Me irritan los ojos.

Él extendió la mano y ascendió en su contacto hacia la parte superior del muslo. La chica le miraba a los ojos, con la mirada medio extraviada, tras los cristales redondos de sus gafas. Era una mirada algo muerta, miope, que no parecía expresar ningún pensamiento, ni ningún sentimiento, ni siquiera temor. Tenía una boca pequeña, muy pequeña, fina, sin casi carne en los labios. Sería difícil de besar. Desde donde él la contemplaba, de tan cerca, sus muslos parecían inmensos. Nunca se le había ocurrido pensar que la chica era bastante alta porque tenía las piernas muy largas, largas en exceso. Y los muslos, estos sí, eran carnosos, gruesos y apretados. Era también muy ancha de caderas. De la cintura hacia arriba, su cuerpo apenas tenía formas.

Deseaba seguir ascendiendo con la mano hacia el regazo de la chica, metérsela entre los muslos. Lo hizo, ahora por debajo del vestido, que se le subió un poco más al introducirle la mano...

—¿Qué hace?, ¿qué hace? —dijo la chica, en el mismo tono de voz en que hablaba siempre, sin dejar que ninguna expresión se mostrara en su rostro, en sus pequeñas facciones. Unas gotas de sudor sí que aparecieron en su frente. El rostro, sin nada de maquillaje, se le enrojeció levemente.

—Vámonos a cenar. Te llevaré a un restaurante de las afueras de la ciudad. Nunca nos hemos visto fuera de este despacho. Podemos pasar una noche agradable. O unas horas... juntos.

—No puedo. Yo... estoy casada. Y me gusta cenar con mi marido.

Con un gesto apenas perceptible, lenta y

suavemente, retiró la mano de debajo del vestido de la chica. La detuvo cuando llegó a la rodilla. Se la oprimió un momento con la punta de los dedos. La chica temblaba levemente. Seguía con su mirada perdida, inexpresiva. Algo estúpida, pensó él.

—Mañana, a la hora del almuerzo, te llevaré a algún sitio, a un hotel, y nos acostaremos juntos.

—Bueno. —La chica parpadeó con sus diminutos ojos tras los gruesos cristales de las gafas.

Él sabía que no harían nunca lo que le acababa de decir. Nunca abriría de piernas a esa jovencita; ni le bajaría las medias, ni las bragas, ni la penetraría nunca jamás con su sexo. A no ser que lo hiciese en aquel mismo momento, allí mismo, en el despacho, sin cerrar la puerta siquiera, ni besarla, ni llegar a quitarle las ridículas gafas... Follársela inesperadamente, sin que ella llegara a reaccionar, sin que su rostro cambiara de expresión ni sus minúsculos labios dejaran escapar palabra alguna.

—Vete. Ahora puedes marcharte. —Le retiró la mano de la rodilla. Se puso en pie y aún le dijo, en voz más baja—: Me gustas. Me gustan tus piernas, tus muslos.

—¿Qué? —La chica estaba poniéndose en pie. Se estiró el vestido y se cubrió gran parte de los muslos. Las caderas se le marcaron en todo su esplendor, dibujando la redondez del inicio de las nalgas. La curva del vientre le resaltaba con el vestido ceñido, algo arrugado a la altura de la ingle.

—Estarías más guapa sin gafas.

Ella, a punto de salir del despacho, titubeó un momento. Dijo:

—Sólo me las quito por la noche.

Aparcó delante mismo del Club Divinas, en batería, de cara a la puerta. La s del rótulo luminoso continuaba sin encenderse. «DIVINA...», leyó.

Dos hombres salían en ese momento del club. Dentro podía haber cuatro o cinco mujeres. De haber mucha clientela, alguna debía haber quedado libre con la salida de los dos hombres. Puede que tuviera dos mujeres entre las que poder elegir.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la americana. Quería ver si llevaba dinero. Suponía que en aquel sitio no admitirían tarjetas de crédito. No llevaba mucho, pero pensó que sería suficiente. Bastante dinero para tomarse una copa con alguna de las mujeres del club; quizás incluso para acostarse con ella, aunque no era eso lo que pretendía. Sólo quería verlas, tomar una copa y quizás acariciar el cuerpo vestido de alguna de ellas. Nada más.

Se aferró al volante, como si aún estuviera conduciendo. Cerró los ojos y las letras que anunciaban el nombre del club le brillaron aún bajo los párpados. Tenía que bajar ya del coche o no se decidiría nunca a entrar en aquel club de putas. Quitó la llave de contacto y abrió la portezuela.

Continuaba haciendo calor, a pesar de que ya anochecía. Se notó sudor sobre el labio superior. Le vino a la mente las gotas de sudor en la frente de su secretaria en el momento que le metía la

mano bajo el vestido. La jovencita miope de muslos espléndidos, larguísimo, de caderas anchas y vientre prominente. La chica de las gafas, los ojos diminutos y la mirada estúpida.

Nunca había conocido ninguna prostituta que llevara gafas; ninguna mujer que se tuviera que quitar las gafas para ir a la cama con él. «El amor también puede ser miope».

Sintió un pequeño dolor, punzante, quizás imaginario, en la boca del estómago, al tiempo que sonreía con el recuerdo de la imagen de su secretaria.

Tiró de la puerta del club, separó con la mano una pesada cortina roja y se introdujo en el local. El aire acondicionado le dio sensación de frío. Se estremeció. El sudor pareció congelársele en el rostro.

A la derecha, había una barra americana larga, que se curvaba en la parte final, con algunos taburetes delante. Un hombre y una mujer, él sentado en un taburete y ella de pie, hablaban con los cuerpos muy juntos, casi abrazados. Aquel hombre era el único cliente que parecía haber en el local en aquel momento. El local estaba iluminado con débiles luces rojizas. Las paredes estaban tapizadas de color oscuro y sólo el espejo que había tras la barra recogía algo de luz blanca.

Se dirigió a la barra y se sentó en el borde de un taburete, con uno de los pies tocando el suelo. Tras la barra, había dos mujeres. Una de ellas, morena, con el rostro anguloso, duro, marcado por la vida, por el amor, por el sexo, se le acercó con una sonrisa amable y cruel al mismo tiempo. La mirada turbia, alcohólica. Efecto de alguna droga quizás.

—¿*Gin tonic*? —preguntó.

Él asintió.

Mientras se acomodaba en el taburete, otra mujer se había acercado a él. También era morena, muy grande de cuerpo, con un suéter blanco ciñéndole los pechos y una falda negra muy corta, abierta por un lado, que terminaba apenas por debajo mismo de la ingle. Podía decirse que tenía un rostro casi bello, de ojos grandes, ayudados por el maquillaje, nariz pequeña y labios carnosos, muy pintados. Llevaba un cigarrillo encendido en la mano, que apagó inmediatamente en un cenicero que había sobre la barra.

—¿Me invitas a una copa? —le dijo, dirigiendo luego su mirada a la mujer que había tras la barra y que ya le servía otro *gin tonic*, o quizá simplemente agua tónica sin nada de alcohol.

En el sofá de donde se había levantado la mujer que tenía ahora junto a él, situado al otro lado del local, se encontraba otra mujer sentada; daba la impresión de ser la más joven de las que se hallaban en el club. También podía ser la más atractiva. Llevaba un ceñido vestido rojo sobre un cuerpo pequeño, delgado, pero bien moldeado, por lo que se podía apreciar en aquella penumbra. Era rubia, teñida probablemente. No era tan guapa como la que tenía con él; resultaba más provocadora, eso sí, al menos vista desde aquella distancia. Le gustaba más aquella otra mujer que la que se le había acercado.

—Si no te gusto yo, puedo decirle a otra mujer que se tome la copa contigo. No nos importa, ¿sabes?

La mujer se le había arrimado hasta el extremo de que había metido uno de sus muslos entre las piernas de él, más arriba de las rodillas.

Él llevó la mano izquierda al grueso muslo de la mujer y se lo rodeó hasta tocarle la parte baja

de la nalga, el trozo de carne que las bragas le dejaban al descubierto.

La mujer desprendía un fuerte perfume de todo su cuerpo; maquillaje, colonia, quizá también sexo lavado de manera ligera, apresurada.

—Podemos tomarnos esto —dijo la mujer, agitando el vaso de *gin tonic* en la mano—, y después, si quieres, pasamos al reservado.

—¿Puedo besarte? —pidió él.

—Para eso estoy aquí... contigo. Para que me beses, si quieres.

Se pasó los labios por la lengua. Le acercó la boca y la entreabrió, generosamente ofrecida, para que él la besara.

Llevaba una espesa capa de carmín en los labios. Los sintió húmedos al besarlos. El olor a sexo se hizo más intenso. Imaginó que la vulva de la prostituta también estaba por completo húmeda. Todo el cuerpo de la mujer debía rezumar humedad; sudor, colonia, el agua de las últimas abluciones; el carmín, la saliva del beso, residuos de *gin tonic* en los labios...

Separaron las bocas.

La mujer dijo:

—Me llamo Manuela.

—Manuela —repitió él.

Le llevó la mano a la entrepierna, por debajo de la falda; ella separó los muslos para dejar entrar la mano masculina.

Le metió el dedo índice por debajo de las bragas y le buscó la entrada del sexo. Lo notó lubricado. Tenía una humedad grasienta, como si se hubiera aplicado alguna crema. Trató de metérselo sin forzarlo demasiado.

—Vamos dentro y me meterás la polla.

—No llevo preservativos... y no me gustaría..., no me gusta usarlos.

—Estoy limpia. Y si no, si quieres, puedo hacerte un «francés».

El reservado estaba excesivamente iluminado. Una luz de neón, blanca, fría, que revertía sobre las paredes también blancas y el vidrio del espejo. Una simple cortina hacía de puerta.

Antes de entrar, una de las mujeres que se encontraban tras la barra le había cobrado las copas y lo que valía acostarse con la mujer que le había llevado hasta el reservado. Le pareció barato. Hubiese preferido pagar más y acostarse con una mujer más hermosa. Le dio una propina, que la mujer agradeció con un leve movimiento de sus labios.

Desnuda, la prostituta le había mostrado un cuerpo algo deforme, de excesivo vientre y pechos caídos y blandos. Era más alta que él; estrecha de caderas y de muslos muy gruesos y muy juntos. El pubis, de escaso vello negro, se le perdía entre las carnes del vientre y los muslos.

Cuando estuvo desnuda del todo, se sentó encima de una pequeña cama adosada a la pared, con un espejo por encima todo lo larga que era, y le preguntó qué era lo que quería que le hiciera. «Te la meteré», había dicho él.

La cópula había sido bastante breve y penosa.

Ella se había tendido con las piernas abiertas y le había pedido enseguida que le entrara; él tuvo que esforzarse en provocar la eyaculación, que no le llegaba a pesar de sus esfuerzos en la penetración y de que la mujer se dejaba hacer

blandamente y fingiendo placer; incluso le acariciaba la espalda y le buscaba la boca para besarle.

Con la eyaculación, cuando derramaba las últimas gotas de semen, cayó sobre el cuerpo de la mujer y estalló en una dolorosa carcajada, casi un sollozo.

La prostituta se desprendió de él y ni siquiera le preguntó de qué se reía. Se lavó brevemente en un bidet que había tras la cortinilla y le dio a él una toalla de papel, que ni siquiera usó.

Se despidió de la prostituta con otro beso en la boca, esta vez sintiendo un resto de repugnancia y también deseos de continuar besándola, de mordisquear el carmín de sus labios; deseos de reiniciar el encuentro con ella. La mujer le empujó suavemente hacia la puerta y le pidió que volviera otro día. Podría volverlo a hacer con ella o con otra de las mujeres. Con las dos si quería.

Ahora, de nuevo en el coche, camino de su casa, se preguntaba si no había sido una locura, una estupidez, hacerlo con una prostituta sin ninguna clase de precaución.

¿Por qué había querido entrar en el coño de aquella mujer que ni siquiera le gustó desnuda, a la que había dejado de desear en el momento que se metieron en el reservado y empezó a desvestirse? Por un momento, llegó a repugnarle incluso su carne blancuzca, tan blanda, marcada con una cicatriz en la parte izquierda del vientre.

Tenía que haberle pedido que se lo hiciera con la boca; su carnosa boca pintada de rojo carmín, donde hubiera podido eyacular sin esfuerzo, también sin riesgo. Una eyaculación rápida y, quizá, más placentera incluso.

Vio una cabina telefónica. Pensó en llamar a Nelia. Hacer sonar el timbre del teléfono en aquella casa donde era probable que no hubiera nadie. O sólo un cadáver. Llamar a una mujer que estaba muerta..., como había llamado, en sueños, con su deseo, a Teresa después que esta muriera.

Detuvo el coche junto a la cabina, decidido a hacer la llamada. Puso la tarjeta de crédito en el aparato telefónico y marcó el número de Nelia después de mirarlo en el trozo de papel que aún conservaba en la billetera. El timbre sonó tres veces. Tenía el auricular en una mano; la otra, dispuesta para cortar la comunicación con sólo presionar el soporte del auricular, tanto si se oía una voz como si no. El timbre sonó dos veces más.

Alguien contestó.

—¿Sí?

Era Nelia, sin duda.

—¿Sí? —volvió a preguntar.

Ahora sabía que ella estaba en casa, que podía encontrarla allí, viva aún. Colgó el auricular. Dio unos pasos rápidos hasta el coche. Se metió dentro y lo puso en marcha apresuradamente. Quería hacer el amor con ella. Que le «besara» primero el sexo. Penetrarla y eyacular dentro de su cuerpo, sin ninguna precaución, aun a riesgo de dejarla embarazada... o de ensuciarla con la humedad que aún podía llevar de la prostituta.

Deseaba a su amante. Quería hacerla suya una vez más. Tenerla en sus brazos, estar entre sus piernas. Entrar en su cuerpo. Hacerle el amor. Follársela. Llegar con ella a la sensación mortal del orgasmo.

Empezó a acelerar casi sin darse cuenta. No se había percatado de que no llevaba las luces del coche encendidas. Marchaba muy deprisa, más de como solía hacerlo normalmente por la ciudad. Conducía con las manos aferradas al volante y el pie derecho oprimiendo el acelerador con el talón. Mantenía el cuerpo rígido y la mirada fija ante sí.

Circulaba por una vía rápida de tres carriles que rodeaba la parte central de la ciudad, por el carril del centro. Adelantó a una furgoneta, que le impedía la visibilidad, por el carril de la derecha, y se encontró con que un autobús circulaba a poca velocidad por aquel mismo carril, a punto de detenerse en una parada. Apretó el freno y, sin reducir la marcha con la que circulaba a una más corta, giró por la primera bocacalle que encontró a su derecha. Posiblemente una dirección prohibida.

Lento, pesado, enorme, casi cubriendo por completo todo lo ancho de la calzada, avanzaba un camión de recogida de basura. La luz amarillenta de los faros y el color ocre claro de la carrocería se distinguieron en la oscuridad de la estrecha calle, a pocos metros de la salida. Apenas quedaba espacio entre el camión y los coches aparcados a ambos lados de la calzada, junto a las aceras.

Rechinaron unos neumáticos sobre el asfalto.

Desde dentro de la cabina del camión, el conductor agitó los brazos. Gritaba desde detrás del parabrisas, aunque sus palabras resultaban inaudibles. El camión de la basura parecía seguir avanzando, ahora a mucha velocidad, acortando la distancia que les separaba en segundos.

Él sabía que era su propio coche el que se movía en dirección al camión. Ni siquiera pensó que podía intentar frenar a fondo sin apretar el embrague y hacer que el coche se calara; detenerlo de la manera más brusca y rápida, dando al mismo tiempo un giro completo al volante para evitar el choque con el camión o que no se produjera de manera frontal. Murmuró:

—Mierda, la basura.

Aquel momento ya lo había vivido. Era la repetición de un hecho que le sucedía por segunda vez. Una premonición que se hacía realidad.

O era la imagen de un sueño que ya había tenido y que no pudo recordar hasta ese instante.

Isbel sería quien recogería su cadáver. Los restos de lo que quedara de él. Su cuerpo sin vida.

Quizá Nelia, su última amante, nunca llegara a

saber qué era lo que había sucedido con él, por qué nunca más volvió a verlo. Sospecharía posiblemente que habría sido él quien le había llamado por teléfono esa noche. Podría tardar tiempo en saber de su muerte. Nunca sabría que en aquel momento la deseaba, que iba a su encuentro, que incluso estaba excitado.

Ya no veía nada ante sí.

Un golpe seco.

La sensación de que la garganta se le reventaba con un grito contenido, ahogado, que no podía hacer arrancar, que se negaba a emitir.

Un regusto de sangre en la boca le recordó la humedad, el flujo, de un sexo femenino. El sabor acre de un beso mordido en unos labios pintados de carmín.

Al final, el dolor de la muerte tras la cópula.

Mayo 1991–abril 1992



epublibre.org